

clark carrados

R. CORTIELLA

LA BASE

CLARK CARRADOS

LA BASE

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.119 – 1968

Printed in Spam - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La gente decía que la casa de la colina estaba embrujada.

Eran muy pocos los que se aventuraban a ir más allá del bosquecillo, al otro lado del cual se iniciaba la pendiente del camino que conducía a la cumbre. Por el día, y si había verdadera necesidad de hacer algo en la casa de la colina, todavía iban algunos.

Por la noche, ninguno. Y no sólo era el temor a los espectros que se decía habitaban en la casa de la colina, sino también por miedo al pantano que rodeaba la eminencia en casi sus tres cuartas partes.

Las noches de luna llena el aspecto de la casa y de la colina eran infinitamente tétricos. Vapores blanquecinos se elevaban del pantano, retorciéndose en atormentadas volutas y difuminando a veces los contornos del edificio.

Entonces, parecía como si la casa fuese también un fantasma más. Del pantano se elevaban sordos estallidos, producidos por las burbujas que se formaban en el fangoso líquido y que estallaban lentamente al llegar a la superficie.

Otras veces, se oían alaridos aterradores que parecían provenir de un más allá infinitamente lejano. En ocasiones, se veían luces y resplandores que iban y venían con relampagueante velocidad.

La gente de Bexley Forks decía que el dueño de la casa de la colina, Groiry Kapyll tenía firmado un pacto con el diablo.

Kapyll bajaba muy poco por el pueblo, tan poco, que eran muy contados los vecinos que tenían memoria de la última visita suya. El hecho de que fuese un anciano de avanzada edad y de que la inmensa mayoría de los habitantes de Bexley Forks le hubiesen conocido siempre con el mismo aspecto arrugado y apergaminado, favorecía la creencia en su pacto con el diablo.

Cuando caía la noche, nadie se atrevía ya a repasar el bosquecillo. Más allá, decían, estaba la muerte segura.

Algunos, sin embargo, se mofaban de lo que ellos consideraban paparruchas, leyendas y consejas de vieja. Eran jóvenes, por lo general, con un sentido de la vida actual muy distinto de las personas de mayor edad.

Los jóvenes no creían en tales cosas. Sin embargo, por lo que fuera, respeto, íntimo temor supersticioso o bien porque, a fin de cuentas, nada se les había perdido en la casa de la colina, ninguno se atrevía a cruzar el bosquecillo, cuyo lindero marcaba los límites de la propiedad que pertenecía al habitante de la casa de la colina.

Hasta que un día, en la taberna, algunos de ellos, animados por unas copas de más, establecieron una apuesta. Dick Gulligan apostó a que iba y venía de la casa maldita durante las horas próximas a la medianoche.

El tabernero intentó disuadirle, pero todo fue inútil. Dick era un muchacho testarudo y orgulloso y afirmó que hablaría con el señor Kapyll y que traería una tarjeta firmada por él, como prueba de que había estado en su casa alrededor de las doce de la noche.

Dick se encaminó, pues, a la casa de la colina, emprendiendo la marcha a las once y media. La distancia era de unos dos kilómetros y bastaba con unos treinta minutos para llegar a su destino.

Dick Gulligan no volvió jamás.

Algunos vecinos dijeron haber oído un horrible alarido, cortado bruscamente de una forma extraña. Hubo quien dijo que el alarido sonaba en las alturas, como si el pobre Dick estuviese a muchos metros sobre el suelo, y otros dijeron que aquel grito no había brotado de una garganta humana.

Hubo uno que dijo haber visto, hacia las doce de la noche, elevarse un chorro de humo hacia el cielo, como si una potente manguera despidiese el exceso de vapor de una caldera. El fenómeno, sin embargo, duró apenas un segundo, y el testigo, señaló, además, que en el interior de la nube de humo o vapor parecían verse diminutos relámpagos multicolores, que aparecían y desaparecían con asombrosa realidad.

Lo más horrible de todo fue el estado en que se halló el cuerpo del infortunado Dick Gulligan. Sólo quedaron de él, literalmente hablando, la piel y los huesos.

Cuando se le realizó la autopsia, el forense no encontró ningún órgano interno en el cadáver. Era, simplemente y como dijo alguien, un odre que contenía huesos en lugar de líquido y con figura humana.

* * *

Lucía un sol radiante. El cielo estaba sin una sola nube.

Hal Crommer llegó a Bexley Forks, detuvo su cochecillo frente a la única posada del pueblo y saltó al suelo. Un par de ociosos le contemplaron con moderada curiosidad.

Crommer atravesó la acera y entró en la casa. A la derecha vio el local destinado a taberna. Frente a la puerta había un mostrador en donde se servían bebidas y, además, era utilizado para recepción del establecimiento.

Crommer golpeó el timbre de percusión con la mano. Momentos después,

apareció la posadera enjugándose las manos con el delantal. La señora Booker era una mujer de mediana edad, de cara simpática y figura más bien rolliza. Divisó al recién llegado y sonrió.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó cortésmente.

—Sí, señora. Soy Hal Crommer y vengo a pasar una temporada de descanso en Bexley Forks. Un amigo me recomendó el pueblo como el lugar ideal para pasar unas vacaciones tranquilas y por eso he venido aquí, señora...

—Booker — dijo la posadera —. Ni nombre es Hannah Booker, señor Crommer. Celebro mucho que el pueblo le haya agradado para pasar las vacaciones, señor. ¿Quiere subir y ver su habitación?

—Con mucho gusto, señora Booker.

La posadera sintió en el acto una moderada simpatía hacia el recién llegado. El señor Crommer era un hombre joven, de buena presencia, pelo castaño y ojos de color azul oscuro. Vestía correctamente, sin estridencias, y parecía tener modales finos y una educación esmerada.

La habitación estaba en el primer piso y desde su ventana se divisaba un panorama encantador, centrado por la casa de la colina, que destacaba en una llanura de suaves ondulaciones.

A la derecha se veía serpentear un río, entre una doble fila de frondosos álamos. El señor Crommer preguntó a la posadera qué tal se daba la pesca en el río.

—Todo depende de la habilidad del pescador y de su paciencia —sonrió la buena mujer—. Si se tiene habilidad y paciencia, pero, sobre todo, esto último, puede que consiga unos cuantos peces.

—Bueno —dijo Crommer—, lo de menos, en mi caso, es pescar, sino dejar pasar el tiempo a la orilla del río. Pienso permanecer aquí por lo menos tres semanas. Le pagaré una por adelantado, señora Booker. Es la costumbre, ¿no?

—Como quiera, señor Crommer. Haré que la chica que me ayuda le suba el equipaje a la habitación. Comerá en casa, supongo.

—Por supuesto — sonrió el huésped.

—El importe de la pensión son tres dólares diarios. La cena se sirve a las siete y media. El desayuno, desde luego, a su gusto, ya que está en vacaciones. El almuerzo de mediodía, entre doce y una y media.

—Magnífico — aprobó Crommer, mientras contaba el dinero. Se lo entregó a la posadera y agregó —: Una vista estupenda la que se divisa desde aquí.

Hannah Booker volvió la cabeza y se santiguó precipitadamente.

—Sería mejor si aquella casa ardiera hasta los cimientos — dijo con acento de cólera sorda.

Crommer se quedó perplejo, pero la posadera abandonó el cuarto antes de que pudiera formularle la menor pregunta. Diciéndose que tal vez se trataba de manías femeninas, se encogió de hombros y luego empezó a quitarse la chaqueta.

Poco después, llamaron a la puerta. Una fornida muchacha subió con sus maletas. Crommer le dio un dólar de propina y rechazó su ayuda para arreglar las ropas en el armario correspondiente.

Cuando se quedó solo, sacó unos prismáticos de una de las maletas. Sentóse en una silla, frente a la ventana, y los enfocó hacia la casa de la colina.

* * *

La rueda del coche hizo «Pifff...» y el vehículo se ladeó bruscamente, pegó un par de bandazos no demasiado violentos y el vehículo, dominado al fin por las firmes manos de su conductora, acabó por detenerse a la orilla del camino.

Dagmar Gannet exhaló en primer lugar un suspiro de alivio. El pinchazo no había determinado, por fortuna, ningún accidente de gravedad. La marcha del automóvil era moderada, la rueda averiada era una de las posteriores y el perjuicio se reducía a las molestias del cambio de rueda.

Su segundo suspiro se debió, precisamente, al pensar en esas molestias. Salió del coche y examinó pensativamente la rueda pinchada.

Durante unos momentos, evaluó las posibilidades de llegar al pueblo y buscar el auxilio de un mecánico. Luego, remangándose, mentalmente se dijo que no debía encargar a nadie nada que ella no pudiera hacer por sí misma.

Levantó la tapa del baúl, disponiéndose sacar el gato. Entonces, a sus espaldas, oyó una voz masculina:

— ¿Necesita ayuda, señorita?

Dagmar se estremeció.

Hasta entonces, había creído estar sola en muchos cientos de metros a la redonda. Era cierto que la vegetación abundaba a ambos lados y que el hombre había podido ocultarse tras ella, pero no era menos cierto que, dado el absoluto silencio que reinaba, debía haber oído sus pasos o, por lo menos crujir de ramajes.

Y el hombre, apareciendo súbitamente, le había dado la sensación de

surgir del seno de la tierra.

Dagmar se volvió. Los ojos se dilataron por el asombro.

El individuo era enorme, tremendamente voluminoso. Medía, al menos, dos metros diez centímetros de estatura y parecía pesar unos ciento treinta kilos, no obstante lo cual no ofrecía señales de obesidad.

Su cabeza era casi cuadrada y su mirada carecía de expresión. A Dagmar le recordó las antiguas representaciones gráficas del monstruo de Frankenstein, aunque el hombre que tenía ante sí ofrecía una mayor suavidad en los rasgos de su cara.

—Se... se me ha pinchado una rueda —dijo Dagmar al cabo de unos instantes.

—Yo haré el cambio, señorita — se ofreció el gigante—. No se moleste, se lo ruego.

—Es usted muy amable, señor...

—Branlo — contestó el gigante —. Por favor, señorita.

—Me llamo Dagmar Gannet y me dirijo a Bexley Forks —dijo ella, ansiosa de entablar conversación con el recién llegado—. ¿Vive usted allí?

—En la casa de la colina —respondió Branlo sin mirarla siquiera.

Dagmar volvió los ojos hacia el lugar indicado, distante unos mil metros.

—Un lugar encantador — sonrió.

—Sí — contestó Branlo sobriamente.

—Lástima del pantano. ¿Por qué no lo desecan?

Branlo calló. Dagmar entendió que era hombre poco dado a la conversación y calló también.

El cambio de rueda se hizo en contados minutos. Al terminar, Branlo se limpió las manos con un pañuelo y emitió la sombra de una sonrisa.

—Ya está, señorita Gannet —dijo.

—Ha sido usted muy amable, señor Branlo —contestó ella—. Voy a permanecer algunos días en la aldea. Si le veo por allí, me gustaría corresponder de alguna manera al favor que me ha prestado.

—No vivo en la aldea — declaró Branlo.

—¡Ah! — murmuró ella.

—Tenga cuidado al atravesar el pantano. El camino es sólido, pero angosto. El menor error podría causarle un accidente.

—Recordaré sus consejos. Una vez más, gracias, señor Branlo.

Dagmar tendió la mano hacia el extraño individuo, pero Branlo no sólo no la aceptó, sino que retrocedió un paso, con un gesto que a Dagmar le pareció de temor. Luego, de súbito, sin más, Branlo dio media vuelta y abandonó la carretera.

Dagmar lo contempló, sintiendo extrañeza por la actitud del servicial individuo. De pronto se percató de que había desaparecido.

Fue una desaparición súbita, repentina. A Dagmar le pareció que Branlo no había existido jamás.

Pero luego, al bajar la vista, vio marcadas las huellas de sus pies en el suelo. Eran las huellas de una persona enormemente pesada y el suelo, en el sitio donde Branlo había puesto sus pies, aparecía hundido más de un centímetro.

Dagmar sintió un escalofrío de miedo. ¿Qué clase de hombre era Branlo? ¿Acaso, se dijo, dejando volar su imaginación disparatadamente, era Branlo el resultado de algún horrible experimento de laboratorio?

CAPÍTULO II

Aquella noche, al bajar al comedor de la posada, Crommer divisó a un nuevo huésped en la estancia.

Era una bonita muchacha, de pelo negro y esbelta figura, que ya estaba cenando. Crommer la saludó con una breve y cortés inclinación de cabeza y luego ocupó su mesa habitual.

Después de cenar, Crommer estimó oportuno dar un paseo para hacer la digestión. Abandonó la posada y caminó a lo largo de la calle principal de Bexley Forks. Minutos después, había llegado a las afueras.

La luna se levantaba, enorme, roja como un disco de sangre. A poco tomó su coloración y derramó una intensa luz plateada sobre la llanura.

El satélite estaba situado casi sobre la casa de la colina. Vista a contraluna, la casa se recortaba nítidamente en una negra y amenazadora silueta, en la que sólo se divisaban un par de cuadrados amarillentos, que indicaban la existencia de seres humanos en el edificio.

El olor a hojas podridas del pantano empezó a llegar a su nariz. Crommer dudó en seguir adelante.

El bosquecillo estaba a doscientos metros de distancia. La casa de la colina sobresalía justamente por encima de las copas de los árboles.

De pronto, el joven vio algo que le hizo parpadear.

Delante de la luna había una mancha negra que se movía con relativa lentitud. En el primer momento, Crommer creyó que se trataba de algún avión de línea, pero pronto advirtió que no se producía el menor ruido.

Por otra parte, y haciendo comparaciones visuales, aquella manchita negra parecía hallarse relativamente cerca del suelo. Además, no tenía la forma estilizada propia de un avión.

Crommer creyó ver una especie de disco lenticular, situado, con respecto a él, casi de perfil. El disco no tenía luces de situación ni de ninguna otra clase y, además, descendía en absoluto silencio.

¿Bajaba tal vez hacia la casa de la colina?, se preguntó.

Sin saber por qué, invadido por una extraña curiosidad, aceleró el paso. Atravesó el bosquecillo y alcanzó el lindero opuesto.

El disco volador, si lo era, había desaparecido ya.

Crommer escuchó el sordo estallido de las burbujas de gas en el pantano. El olor era realmente desagradable.

Vaciló un momento. De súbito, vio que se alzaba una sombra ante él.

Crommer retrocedió un paso.

—Perdón, señor —dijo el hombre—. Le ruego no siga adelante.

Crommer trató de reponerse de la impresión sufrida.

—Yo... bien, no pretendo hacer nada malo —contestó.

—No lo pongo en duda, señor; pero estos terrenos son privados. Al dueño no le gusta que ningún extraño entre en su propiedad sin su permiso.

Crommer contempló al individuo, asombrándose de su enorme estatura. Era inútil, se dijo, discutir con un gigante que podía destrozarle de un solo golpe.

—Lo siento — se excusó con una sonrisa —. Lamento haberles causado tantas molestias.

—Buenas noches, señor —dijo el gigante.

Crommer hizo un gesto afirmativo. Giró sobre sus talones y se dispuso a emprender el regreso a Bexley Forks.

Veinte pasos más adelante, volvió la cabeza.

Se quedó atónito.

El gigante había desaparecido.

Era increíble. Había luz suficiente para poder verle incluso a cien metros de distancia. Por otra parte, no existían obstáculos naturales, salvo el bosquecillo, donde una persona pudiera esconderse.

«A menos que se haya tirado a la ciénaga», se dijo Crommer.

Pero en tal caso, tendría que haber oído un ruido de chapoteo, y aún estarían saliendo burbujas, cosa que no había sucedido ni sucedía en absoluto.

Atraído por una invencible curiosidad, Crommer retrocedió una docena de pasos. Entonces vio las huellas de las pisadas del gigante.

Se arrodilló. Debía de ser un hombre pesadísimo, porque, donde había puesto sus pies, la tierra estaba hundida en más de un centímetro con relación al terreno circundante.

La luz de la luna permitía seguir fácilmente las pisadas. Ignorando la prohibición, Crommer se incorporó y caminó una veintena de metros, fija la vista en las señales de pies, grabadas hondamente en el suelo del camino que atravesaba el pantano.

De pronto, las huellas desaparecieron.

Crommer creía soñar. No había más señales de pisadas, ni a derecha ni a izquierda ni al frente. Y el camino, aunque relativamente angosto, no permitía saltar al pantano desde el centro; había que hacerlo desde uno de sus bordes.

Crommer se pasó una mano por la cara. ¿Cómo había desaparecido aquel misterioso individuo?

Regresó al pueblo. Llegó a la posada y subió a su habitación. Sacó los prismáticos y los enfocó hacia la casa de la colina.

El edificio estaba en sombras. Todos sus ocupantes debían de hallarse ya en la cama.

Una nube de vapor se alzó de la ciénaga, difuminando los contornos de la colina. La casa desapareció unos momentos, para reaparecer poco después, oscura, sombría, silenciosa, como una muda amenaza que gravitase sobre los habitantes de Bexley Forks.

Por primera vez en su vida, Crommer se sintió invadido por un raro sentimiento de angustia. No era miedo lo que sentía, sin ser un valiente irreflexivo, el joven no era un cobarde, pero empezó a pensar que su amigo no le había dado un buen consejo al señalarle Bexley Forks como el lugar adecuado para unas vacaciones.

* * *

Dagmar Gannet llegó ante la entrada de la casa de la colina y estudió con detenimiento el pesado llamador de hierro que, en forma de garra de águila que sostenía una gran bola de metal, adornaba curiosamente la puerta. Después de algunos segundos de vacilación, levantó la aldaba y llamó un par de veces.

Los golpes resonaron con profundos ecos en el interior de la casa. Dagmar sintió un escalofrío.

Le parecía que había llamado a un sitio de enormes dimensiones, como si aquella puerta diese paso a un túnel gigantesco, tan prolongados fueron los ecos. Luego, tras un largo espacio de espera, oyó pasos al otro lado de la madera.

Alguien le escrutó a través de una mirilla. Una voz cascada preguntó:

—¿Qué desea usted, señorita?

—Por favor, anúncieme al doctor Kapyll —pidió Dagmar.

—No sé si el doctor querrá recibirla, señorita.

—¿Por qué no se lo pregunta? —insinuó la muchacha sarcásticamente.

Se oyó una exclamación de enojo:

—¡Esta juventud...!

La mirilla se cerró de golpe. Dagmar abrió el bolso y sacó la pitillera, pero se contuvo y abandonó la idea de fumar. Dando golpecitos con el tacón de su zapato derecho, esperó unos minutos largos, hasta que la puerta se abrió por fin.

Dagmar cruzó el umbral.

—Suba al primer piso, señorita — dijo una voz, que brotaba de un altoparlante disimulado en alguna parte del enorme vestíbulo—. Dispense a mi esposa; tiene algo urgente que hacer en estos momentos.

Dagmar asintió mecánicamente. Miró a derecha e izquierda. Le pareció que se hallaba en un lugar vacío.

La decoración parecía proceder de una época muy remota, a pesar de lo cual, el estado de los muebles, cuadros y tapices que adornaban el vestíbulo parecía bueno. A la derecha, una escalera en curva, tapizada de terciopelo rojo, conducía al piso superior. La balaustrada era de mármol artísticamente labrado.

Dagmar se dirigió a la escalera y emprendió el ascenso. Empezaba a arrepentirse de su visita. La pesadumbre de la casa gravitaba depresivamente sobre su ánimo.

La voz dijo:

—Última puerta a la derecha, señorita.

Dagmar atendió la indicación. Cuando llegaba a la puerta señalada, vio que se abría, como la del vestíbulo, sin que nadie la tocase.

—Entre, por favor.

La joven cruzó el umbral y se halló en una vasta habitación atestada de libros de todas clases, muchos de los cuales, incluso, yacían por el suelo al no caber en las estanterías. Había una mesa, llena de papeles. Algunos parecían viejos rollos de pergamino.

Una gran ventana de estilo falsamente gótico, adornada con vidrios de colores, proporcionaba suficiente luz a la estancia. Frente a ella había un sillón frailuno de alto respaldo.

El respaldo impedía ver al ocupante del sillón. Dagmar dio dos pasos más, pero el hombre dijo:

—Quieta, no se mueva de donde está, señorita... Por cierto, todavía no sé su nombre.

Dagmar tragó saliva:

—Gannet, Dagmar Gannet, doctor Kapyll —contestó—. Es decir, si usted es el doctor Kapyll...

—Lo soy — contestó orgullosamente el dueño de la casa—. ¿A qué ha venido usted, si no le importa decírmelo?

—Soy escritora y periodista, doctor Kapyll. Publico reportajes, escribo cuentos cortos policíacos...

—Y quiere redactar un reportaje acerca de lo que pasa en esta casa, ¿no es cierto?

Dagmar calló un instante. ¿Por qué no se dejaba ver el doctor Kapyll?

—¡Vamos, conteste, señorita!

—Bueno, un conocido mío resultó que era de Bexley Forks y, conociendo mis aficiones, me habló del pueblo... y de su casa, doctor Kapyll.

—Ah, vamos, usted cree que puede sacar de aquí un tema para una novela terrorífica.

—En todo caso, ni su nombre ni el del pueblo figurarían en el relato. Lo... lo haría, situando la acción en un lugar imaginario, con personas imaginarias...

—Pero existentes, a pesar de todo. Sólo me cambiaría el nombre; sin embargo, el protagonista sería yo y lo que esos imbéciles aldeanos llaman mis diabólicos experimentos.

Dagmar frunció el ceño.

—De momento —dijo—, sólo pretendo información. A lo mejor, estoy equivocada y resulta que el tema no es lo suficientemente atractivo.

Kapyll pareció indignarse al oír las últimas palabras.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Osa usted decir que el tema no es atractivo? —barbotó —. ¡Lo que pasa es que no es divulgable!

—¿Por qué? —preguntó Dagmar.

—Eso no le interesa a usted, señorita.

—Entonces, no es divulgable por delictivo.

Las manos de Kapyll golpearon los brazos del sillón.

—¡No me acuse de ser un delincuente! —gritó—. ¡Soy un científico! ¿Sabe lo que significa eso?

—Explíquemelo —pidió Dagmar sin pestañear.

Paradójicamente, a medida que pasaban los minutos, el miedo que había sentido desde un principio, se disipaba con rapidez. Dagmar estaba ahora casi divirtiéndose.

—No puedo —contestó Kapyll—. Mis experimentos son inofensivos, pero sus resultados son para mí solo. No me interesa que nadie más se entere

de lo que estoy haciendo.

—Bueno, usted se parece a algunos pintores famosos que pintaban para ellos solos sin que nadie, salvo su esposa o quizás algún íntimo amigo, pudiese ver el resultado de su labor pictórica.

—¿Y qué? ¿Acaso es un pecado?

—No, una manía, pero no... productiva. Si lo que está haciendo es útil, usted debe divulgarlo, a fin de que la humanidad obtenga un provecho. Y usted, por supuesto, la recompensa económica adecuada a sus años de trabajo de investigación.

—¡Bah! ¡Paparruchas! ¡El dinero no me hace falta! ¡Tengo todo el que quiero! ¿Alguna cosa más, señorita?

—Sí. Deseo conocerle personalmente. Hasta ahora sólo he oído su voz, doctor Kapyll.

—Es usted una atrevida, señorita Gannet. Se le nota el desparpajo propio de los pocos años.

—Es el privilegio propio de la juventud, doctor.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Dagmar advirtió que Kapyll empezaba a ponerse en pie, por los pequeños ruidos que se producían al otro lado del sillón.

El doctor Kapyll apareció al fin ante su vista.

Dagmar pudo, a duras penas, contener un grito de asombro.

Kapyll era el hombre más viejo que había visto jamás.

Parecía contar doscientos años. Su pelo, abundante a pesar de todo, era blanco como la nieve, y su cara era una pura masa de arrugas, que difícilmente permitían adivinar bajo ellas la existencia de un rostro humano.

Los ojos, sin embargo, tenían un brillo singular y poseían una mirada vivaz, inquisitiva, penetrante. Eran de color oscuro, pero Dagmar no hubiera podido señalar una tonalidad definida; a veces parecían negros y a veces tomaban una coloración rojiza fosforescente.

Dagmar volvió a sentir miedo. Una rara sonrisa se formó en los labios de Kapyll.

— ¿Satisfecha, su curiosa señorita Gannet? —preguntó.

CAPÍTULO III

El enorme camión de seis ejes pasó con relativa lentitud por el centro de la aldea y se alejó en dirección a la casa de la colina.

Otro vehículo análogo, capaz de transportar sin esfuerzo treinta toneladas de carga, le siguió escasamente medio minuto después.

Crommer contempló el paso de los camiones desde una de las ventanas de la taberna adyacente a la posada. A su lado, la señora Booker se santiguó devotamente.

—Ya están ahí otra vez esos malditos camiones—murmuró.

Crommer enarcó las cejas.

—Parece que se dirigen a la casa de la colina —comentó.

—Sí. Suelen pasar una vez por semana, a veces con más frecuencia. Descargan y luego se marchan por el camino del otro lado. No vuelven ya por el pueblo.

—Entiendo. Deben de transportar instrumentos y materiales para el doctor Kapyll, ¿no es cierto?

—Eso se dice, pero, ¿quién lo sabe con seguridad?

— La posadera hizo una mueca dé disgusto—. Lo mejor que podrían hacer sería expulsarle de la comarca. Sólo así este pueblo recobraría la tranquilidad y la calma, créame.

—¿Tanto la altera su presencia?

—No nos beneficia en absoluto.

Crommer miró a la señora Booker, quien tenía los labios apretados, como si se sintiese muy enojada. Al mismo tiempo, pudo apreciar que estaba furiosa.

—Bueno, pero a fin de cuentas, tiene derecho a vivir allí, ¿no?

—Eso es cierto, señor, aunque sin molestar a nadie.

—¿Qué molestias les causa, señora Booker?

—Resulta difícil definirlo. Nadie se siente a gusto, nadie duerme con calma... a veces se ven luces extrañas y se oyen terribles alaridos... ¡Es una casa embrujada!

Y, una vez más, la buena mujer volvió a trazar el signo de la Cruz.

—Ha hecho un pacto con el Maligno —murmuró, después de lo cual, giró sobre sus talones y se alejó.

Crommer encendió un cigarro, mientras sonreía interiormente de las preocupaciones de la posadera. Supersticiones aldeanas, se dijo, que no tenían razón de ser en las últimas décadas del siglo xx.

Probablemente, el doctor Kapyll era un sujeto inofensivo, aunque un tanto chiflado, que realizaba Dios sabía qué misteriosos experimentos, incomprensibles para las sencillas mentes de los ciudadanos de Bexley Forks.

Pero el hecho de que se negase a llevar una existencia común y vulgar, bastaba para provocar ansiedad y crear un clima de misterio en el pueblo.

—Y un día — murmuró —, resultará que ha criado una raza de patatas gigantes, grandes como sandías y casi gratuitas de cultivar.

Dagmar Gannet entró en la posada en aquel momento.

La joven, observó Crommer, estaba muy pálida y parecía hallarse bajo los efectos de una fuerte impresión. Le dirigió una rápida mirada y luego se encaminó hacia la escalera que conducía a los pisos superiores.

Crommer se extrañó de la actitud de la joven, con la cual apenas si había cruzado las palabras indispensables que la buena crianza ordena entre huéspedes de un mismo establecimiento. Por ello mismo, no se atrevió a preguntarle si le sucedía algo extraordinario.

«Quizá se encuentra solamente un tanto enferma», se dijo, después de lo cual, dejó de preocuparse del asunto.

* * *

Nubes de vapor se elevaban del pantano. De cuando en cuando, se escuchaba el apagado sonido de una burbuja de gas metílico al aflorar a la superficie de la ciénaga. En un cielo sin nubes, la luna brillaba en todo su esplendor.

Hal Crommer llegó al lindero del bosquecillo y contempló desde allí la tétrica silueta de la casa de la colina. Extrañado, observó que se hallaban encendidas todas las ventanas de la planta baja.

Era un poco tarde ya. Parecía como si el doctor estuviese celebrando alguna fiesta o tuviese invitados.

Crommer se dijo que no era correcto entrometerse en las vidas de otras personas, pero después de lo que había oído aquella tarde, después de los comentarios y conversaciones que había ido escuchando a lo largo de los días acerca de la casa de la colina y de sus habitantes, se sentía invadido por una curiosidad invencible, que le hacía desear conocer el enigma de lo que ocurría en aquel misterioso lugar.

Pasaron algunos minutos. De súbito, Crommer divisó una luz muy brillante suspendida a cosa de unos mil metros sobre la casa de la colina.

La luz descendió lentamente, perdiendo intensidad a medida que se acercaba a la tierra. Crommer estaba atónito.

Segundos después, el joven vio un extraño disco oscuro, rodeado por una suave fosforescencia de tonos ligeramente verdosos, que se aproximaba a la casa, pero por el otro lado.

Crommer se dio cuenta de que estaba presenciando el aterrizaje de un OVNI (1). ¡Una nave de otro planeta!

La nave desapareció de su vista menos de treinta segundos después de aparecer. La fosforescencia desapareció y la casa recobró su aspecto habitual.

Un súbito impulso empujó al joven a dirigirse hacia la colina. Sentíase invadido por una rara excitación.

Allí, a menos de mil quinientos metros de distancia, había una nave extraterrestre. Y, naturalmente, estaba tripulada por seres inteligentes.

¿Con forma humana? ¿Resultarían unos monstruos, contemplados desde el punto de vista desde un terrestre?

¿Seres con cuatro ojos y seis brazos y piel de color verde? ¿O personas de carne y hueso y figura enteramente análoga a la suya?

Ahora era el momento de saberlo.

Avanzó una docena de pasos. De súbito, divisó a un hombre que caminaba en sentido diametralmente opuesto.

Crommer lo reconoció en el acto. Era aquel gigante de aspecto tan extraño, con quien ya se había encontrado una vez.

—No siga adelante, señor —dijo Branlo en tono calmoso.

—He visto...

—Por favor — le interrumpió el gigante —. Al doctor Kapyll no le agradan los intrusos.

—Según qué clase de intrusos, claro —dijo el joven sarcásticamente.

—No le entiendo, señor.

—Hace unos instantes llegó del espacio una nave extraterrestre y se posó al otro lado de la casa. Simplemente, quería verla, eso es todo.

—Creo que se confunde, señor — dijo Branlo sin pestañear.

—¿Va a negarme lo que he visto con mis propios ojos? — se enfureció Crommer.

—En estos momentos, se encuentra usted en terrenos ajenos, señor —dijo el gigante sin alzar la voz.

—¿Cómo? ¿El pantano pertenece también al doctor Kapyll?

—Todos los terrenos que circundan la colina, en un radio de unos mil quinientos metros, aproximadamente, son del doctor. Nadie que no cuente con su permiso puede permanecer en su propiedad. Le ruego se retire y no me obligue a tomar resoluciones extremas, señor.

Crommer miró al gigante una vez más.

Era imposible luchar con un sujeto de semejante volumen. Branlo era capaz de partirle la espina dorsal sin apenas esfuerzo.

—Ya me voy —dijo—. Pero mañana iré a visitar al doctor.

—Es usted muy dueño — contestó Branlo. Y cruzó los brazos, como dando a entender que no se movería de aquel sitio, hasta que el intruso se hubiese alejado.

Crommer se resignó. Aparte de que, legalmente, Branlo tenía razón, era imposible luchar físicamente con él.

Giró sobre sus talones y emprendió el camino de regreso al pueblo.

Veinte pasos más allá se detuvo un instante y volvió la cabeza.

Branlo había desaparecido.

Crommer se sintió tentado de quebrantar la prohibición, pero no lo hizo por la sencilla razón de que Branlo reaparecería ante él en el momento menos pensado.

Permaneció largas horas en la ventana de su cuarto, observando sin descanso la casa de la colina.

Con gran decepción, no aterrizaron más naves espaciales.

Crommer se metió en la cama casi cuando ya amanecía. El cansancio de una noche en vela hizo que el sueño le venciera apenas apoyó la cabeza en la almohada.

* * *

Hal Crommer descendió al comedor pasadas las doce del mediodía. Dagmar Gannet estaba almorzando y el joven notó que tenía un aspecto mejor que la víspera.

Un repentino impulso le hizo acercarse a la mesa de la joven. Ella le miró con cortés curiosidad.

—Señorita Gannet... Perdón por mi atrevimiento, pero ayer observé que usted parecía sentirse enferma. Ahora veo que se encuentra mejor y ello me satisface considerablemente. Perdón por no haberme presentado; soy Hal Crommer.

Dagmar sonrió.

—Celebro su interés, señor Crommer —dijo—. ¿Quiere sentarse y almorzar conmigo? —invitó.

—Encantado. Yo no me atrevía a pedírselo...

— Somos sólo dos huéspedes forasteros en la posada — dijo ella sin perder la sonrisa—. ¿Por qué mantenernos a distancia? Es decir, a menos que usted tenga motivos para ello.

—Ninguno, señorita Gannet —contestó Crommer.

La posadera llegó y puso el cubierto para el huésped. Crommer dijo:

—Me pareció que ayer, cuando la vi entrar en la posada, regresaba usted de la casa de la colina.

—En efecto —respondió Dagmar—. Estuve allí.

—¿Y habló con el dueño de la casa?

—Justamente.

Hannah Booker llenó de sopa el plato de Crommer y se retiró.

—Pues tuvo usted más suerte que yo —comentó el joven—. Por la noche quise intentar acercarme a la casa y el guardián me lo impidió.

—¿Branlo?

—¿Se llama así? Bien, el nombre es lo de menos en este caso. Lo importante es la manera tan súbita con que se aparece y desaparece. ¿Lo ha observado usted, señorita Gannet?

Dagmar asintió.

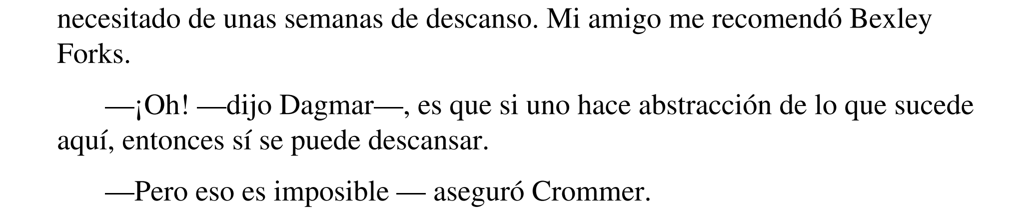
—Sí, en efecto — contestó —. Mi amigo tenía razón.

—¿Qué amigo? —preguntó Crommer.

—El que me recomendó viniera a Bexley Forks. Soy escritora y periodista. Ese amigo me dijo que aquí podría encontrar un buen tema para una novela o relato de misterio. Creo que acertó.

Crommer sonrió.

—Su amigo y el mío sostienen criterios diametralmente distintos —dijo —. Soy ingeniero y en los últimos tiempos trabajé intensamente en un proyecto industrial de gran importancia. Al terminar, noté que estaba



necesitado de unas semanas de descanso. Mi amigo me recomendó Bexley Forks.

—¡Oh! —dijo Dagmar—, es que si uno hace abstracción de lo que sucede aquí, entonces sí se puede descansar.

—Pero eso es imposible — aseguró Crommer.

CAPÍTULO IV

Hubo una corta pausa de silencio, mientras la señora Booker cambiaba los platos.

Luego, Crommer prosiguió:

—Es imposible abstraerse de lo que sucede en Bexley Forks. Al menos, hablo por propia experiencia.

—¿Ha visto algo extraño, señor Crommer?

—Sí. Presencié la llegada de un OVNI.

—¿Un OVNI? ¿Un platillo volante?

—Así como suena, señorita Gannet. La nave apareció de súbito, despidiendo una luz muy intensa a cosa de mil metros sobre la colina. Luego descendió lentamente, perdiendo luminosidad a medida que bajaba, hasta ocultarse por completo en el lado opuesto de la casa.

—Interesantísimo. Continúe, se lo ruego —pidió Dagmar.

—No hay mucho más que decir —sonrió el joven—. Cuando me dispuse a seguir mi camino —yo había salido a pasear un poco después de la cena—, Branlo surgió de repente ante mí y me prohibió seguir adelante. Eso es todo.

—De modo que usted vio bajar del espacio una nave extraterrestre —dijo ella.

—No cabe la menor duda. No había tomado alcohol en la cena, era relativamente pronto y no estaba dormido, de modo que lo que vi no se puede confundir con una pesadilla. El platillo volante, a mi parecer, y juzgando por el punto de referencia que es la casa, debe de medir unos veinticinco metros de diámetro por diez o doce de grosor.

—La gente dice que el doctor Kapyll tiene hecho un pacto con el diablo. ¿No será que el pacto ése ha sido establecido con seres de Dios sabe qué distante planeta?

—Pudiera ser — contestó Crommer —. Después de ser rechazado por Branlo, regresé a la posada. Estuve toda la noche junto a la ventana, hasta cerca del amanecer. El disco volador no levantó el vuelo.

—Entonces —dijo Dagmar excitadamente—, está allí.

—Supongo que así debe de ser — respondió el joven.

Los ojos de la muchacha brillaron de un modo singular.

—Me gustaría verlo—dijo.

—¿Sin contar con el permiso del doctor Kapyll?

—Él no nos lo daría nunca, señor Crommer.

—Parece como si estuviera sugiriéndome que fuésemos esta noche a la casa de la colina — dijo Crommer.

—¿Y no le agradaría realizar la excursión?

Crommer consideró la pregunta un instante.

Luego sonrió:

—A fin de cuentas —dijo—, es un modo de descansar como otro cualquiera, porque cambiar de ocupación es descansar y nosotros vamos a hacer de detectives.

—Lo cual es muy distinto de nuestras ocupaciones habituales —sonrió Dagmar.

—También me gustaría ver al doctor Kapyll y hablar con él — dijo Crommer.

—No sacaría nada en limpio, apenas, créame.

—¿Ha hablado con él? ¿Qué clase de tipo es, señorita Gannet?

La sonrisa se borró en el acto de los labios de la joven.

—Es el hombre más viejo que he conocido jamás — respondió.

* * *

La silueta de la casa de la colina se alzaba ante ellos, a unos cientos de metros de distancia tan sólo.

Ahora, sin embargo, veían los detalles con más claridad. Crommer y Dagmar habían acordado dirigirse a su objetivo por un camino distinto al habitual, a fin de no atravesar la ciénaga.

Dando un gran rodeo a campo través, que les costó casi dos horas de caminata, se hallaban ahora a poca, distancia de la casa.

El silencio era absoluto. Crommer se preguntó qué podrían ver una vez hubiesen alcanzado la ladera de la colina.

Después de un breve descanso, reanudaron la marcha. Crommer empezó a lamentar no haber llevado consigo un arma.

Minutos más tarde, se hallaban al pie de la colina. La casa se alzaba a unos cien metros por encima de su cabeza. Dado que las pendientes eran relativamente suaves, la distancia, desde la llanura, era de unos cuatrocientos metros.

El suelo, allí donde la llanura perdía su horizontalidad, no era accidentado en exceso. Crommer observó que, al menos en aquel lado, la vegetación escaseaba.

Las luces de la casa estaban apagadas. Al otro lado de la colina se escuchaba apagado el croar de las ranas del pantano.

—Anoche — murmuró él —, las ranas permanecían silenciosas.

—Acaso presentían la llegada de la nave del espacio — dijo Dagmar.

Continuaron la subida. Ciento cincuenta metros más adelante, se encontraron con una especie de explanada de forma aproximadamente circular y de unos treinta metros de anchura.

Crommer extendió una mano. Dagmar se detuvo y le miró.

—Fíjese en esta explanada — dijo él.

—¿Sí?

—¿No le parece un lugar ideal para el aterrizaje de una nave del espacio?

Dagmar asintió. De pronto, sacó una linterna del bolsillo del chaquetón que se había puesto para la excursión y la enfocó hacia el suelo.

—Cuidado — dijo Crommer.

Ella puso la mano delante de la linterna, a fin de evitar una excesiva dispersión de los rayos luminosos.

—No se observan huellas de quemaduras —dijo.

—¿El fuego de los chorros de la nave?

—Sí, eso mismo quería decir.

—Tal vez no emplea ese método para volar. Yo no vi que despidiese llamas, como lo haría un reactor.

De pronto, Dagmar lanzó una exclamación:

—¡Mire!

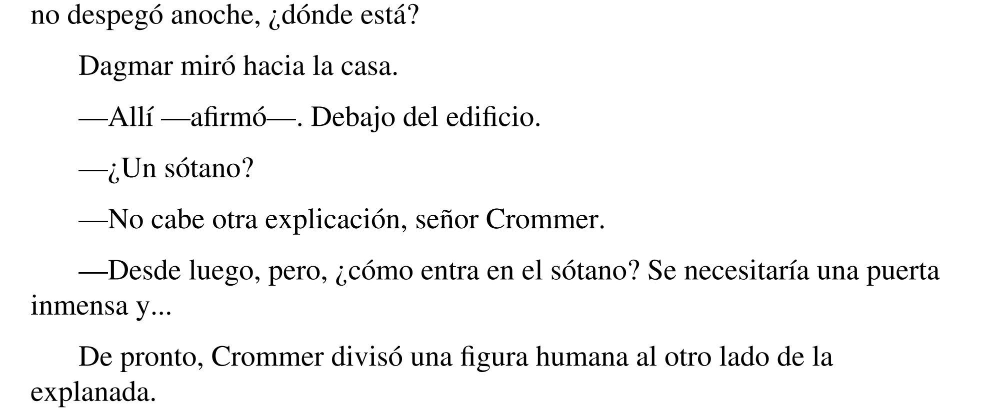
La linterna enfocó un punto del suelo, donde se veía una señal singular, de forma ligeramente ovalada y de unos setenta u ochenta centímetros de longitud por cincuenta de anchura.

—Esto parece la parte plana de la pata del tren de aterrizaje —observó Crommer.

—Sí, lo mismo creo yo —convino ella—. Busquemos las demás señales.

Encontraron cinco más. Crommer dijo:

—La nave se apoya sobre seis patas una vez posada en el suelo. Pero, si



no despegó anoche, ¿dónde está?

Dagmar miró hacia la casa.

—Allí —afirmó—. Debajo del edificio.

—¿Un sótano?

—No cabe otra explicación, señor Crommer.

—Desde luego, pero, ¿cómo entra en el sótano? Se necesitaría una puerta inmensa y...

De pronto, Crommer divisó una figura humana al otro lado de la explanada.

—Cuidado — susurró —. Apague la linterna.

Agarró a la joven por un brazo y tiró de ella. Corriendo en silencio, abandonaron la explanada y se tendieron en el suelo, junto a uno de sus bordes.

Sus cabezas asomaban sólo lo justo para poder ver lo que sucedía delante de ellos.

—Es Branlo — musitó Dagmar.

El gigante caminaba con su paso pesado de costumbre. Parecía como si estuviese haciendo su ronda de vigilancia.

Branlo se acercó a la parte de la explanada más próxima a la casa. Crommer se dio cuenta de que allí había como una especie de escarpado de unos doce o quince metros de altura por veinte o más de longitud.

El escarpado parecía proceder de la excavación hecha en tiempos para conseguir el terreno de aterrizaje. Crommer observó su relativa lisura y asimismo pudo apreciar la carencia absoluta de vegetación.

A cuatro o cinco metros del talud, Branlo desapareció súbitamente.

Los dos jóvenes se quedaron estupefactos una vez más.

—¿Acaso ese hombre tiene poderes misteriosos, que le permiten aparecer y desaparecer a voluntad, en el lugar que le interesa? —exclamó Dagmar, llena de estupefacción.

—¿No estaremos en presencia de un ser de otro mundo? —añadió el ingeniero.

Y de súbito, se puso en pie y corrió hacia el talud.

Dagmar le siguió en el acto.

Al llegar junto a Crommer, le vio paseando la mano por el escarpado.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó.

—Esto es completamente natural — respondió el joven—. Y, sin embargo... tengo la seguridad plena de que la nave del espacio se encuentra al otro lado de este talud.

Dagmar asintió en silencio.

Ella también compartía la opinión del ingeniero.

* * *

Por la mañana, desayunaron juntos.

—Les veo preocupados — observó la señora Booker, al servirles el café.

Dagmar emitió una pálida sonrisa.

—Traté de hacer un reportaje al doctor Kapyll, pero no se mostró demasiado propicio a facilitarme datos sobre sus trabajos —contestó, diciendo la verdad a medias.

—¿Y usted, señor Crommer? —preguntó la posadera.

—He dormido mal —dijo el joven evasivamente.

—De modo que usted busca tema para un reportaje, señorita.

—Así es, señora Booker.

—¿Por qué no se entrevista con Sammy Ricks? —sugirió la señora Booker.

—¿Quién es Sammy Ricks? —preguntó Dagmar.

—El hombre más viejo de la aldea. Tiene noventa años, pero se conserva muy bien y todavía tiene una memoria excelente.

—No veo qué relación pueda tener el señor Ricks con mi... reportaje — contestó Dagmar.

—Bueno, cuando se hace un reportaje sobre una persona, se suele hablar también con otras personas que le conocen. Esto añade interés al relato, creo yo.

Dagmar consultó a Crommer con la vista.

El ingeniero asintió.

—Sí, resultaría interesante hablar con Ricks — dijo la muchacha—. ¿Puede indicarnos dónde vive, señora Booker?

—Es la última casa del lado norte — respondió la posadera—. Ya verán su nombre a la puerta, en el buzón de correos.

—Gracias, señora.

—¿Cree que obtendremos algún dato interesante de Sammy Ricks? —preguntó la muchacha.

—Son noventa años. Si Kapyll es más viejo que él y lleva toda la vida residiendo en Bexley Forks, a la fuerza tiene que conocer muchos datos de su vida —respondió Crommer.

CAPÍTULO V

Los dos jóvenes se detuvieron a la entrada del jardín. Sujeto a un poste de poca altura, estaba la caja con la ranura por donde el cartero depositaba la correspondencia del dueño de la casa.

—Aquí es —dijo Crommer.

La casa era de un solo piso y no muy grande, con tejado de pizarra a dos aguas. Una enredadera cubría de verde parcialmente la fachada.

Crommer abrió la puertecita del jardín y dejó que Dagmar pasara en primer lugar. El edificio parecía solitario.

—No hay humo en la chimenea — observó Dagmar.

—Sammy Ricks es muy viejo. Probablemente ya no es madrugador — apuntó el joven.

Llegaron a la puerta y llamaron. Nadie les contestó.

Crommer repitió las llamadas un par de veces.

—Debe de tener el sueño muy profundo —dijo ella.

Crommer se separó de la puerta, invadido de repente por una extraña aprensión. Se acercó a la ventana más próxima y miró a través del cristal.

De súbito, una exclamación se escapó de sus labios.

—¡Dagmar! ¡Venga, por favor!

La joven acudió corriendo.

—¡Dios mío!

Sammy Ricks estaba sentado en un cómodo sillón, con la cabeza ladeada ligeramente. Sus manos descansaban a lo largo de sus piernas.

—Está durmiendo —dijo Dagmar, tratando de darse a sí mismo una esperanza que, en su interior, estimaba infundada.

—No — contestó Crommer —. Le veríamos respirar. Ha muerto.

Hubo un momento de silencio.

—Vamos a ver si podemos entrar —dijo Crommer al cabo.

Regresaron a la puerta. Crommer tanteó el picaporte y pudo hacerlo girar sin obstáculos.

Cruzó el umbral antes que la muchacha. Lentamente, se acercó a Ricks y trató de averiguar las causas de su muerte.

—Era muy viejo —dijo Dagmar—. Probablemente, el corazón...

Crommer alargó la mano para cerciorarse definitivamente de la muerte del anciano. Rozó su mejilla izquierda y, en el acto, se produjo un fenómeno curioso.

El cuerpo de Ricks empezó a disgregarse. Primero perdió su forma y luego, con notable rapidez, se convirtió en una masa de polvo viscoso, que resbaló del sillón al suelo.

Dagmar retrocedió, con la cara completamente blanca. Crommer sintió náuseas.

—¿Qué sucede aquí? —gimió la muchacha.

La puerta había quedado abierta. Probablemente, en la parte posterior de la casa había otra puerta o ventana abiertas, porque se formó de repente una corriente de aire que, en unos segundos, arrastró y disipó por completo el montoncito de polvo que era cuanto restaba de Sammy Ricks.

Segundos más tarde, no quedaba en la estancia el menor rastro de su habitante.

Cromer estaba aturdido. No sabía qué pensar.

De pronto, divisó en el suelo una hoja de papel incompleta.

Agachándose, recogió el papel. Pronto pudo ver que había formado parte de un libro.

—Un diario personal —dijo Dagmar, mirando por encima de su hombro.

—Exactamente —corroboró el ingeniero.

Todavía podían leerse algunas palabras escritas en el fragmento de papel. La letra era irregular, pero no había dificultad alguna en su lectura:

Mi diario.

SAMUEL RI ...

El apellido estaba incompleto. Crommer dedujo que alguien había rasgado el diario.

—O quizá se lo quiso arrebatar a la fuerza y el pobre Sammy se resistió — agregó en voz alta.

—Es lo más probable. Y el asesino, en su precipitación por huir, abandonó este fragmento de la primera página del diario.

—¿Asesino ha dicho, Dagmar?

—¿Puede pensarse otra cosa, Hal?

—Sí, pero, en todo caso, ¿cuál fue el arma empleada para el crimen?

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Crommer dijo:

—Dagmar, estamos enfrentándonos con fuerzas muy superiores a nosotros. Yo... yo no quisiera especular de un modo disparatado, pero opino que quienquiera que fuese el que causó la muerte de Ricks, no ha nacido en este planeta.

Dagmar le miró aterrada.

—¿Nos hallamos ante el prólogo de una invasión del planeta? Ya sé que esto suena a novela de «ciencia-ficción», pero es que lo que está ocurriendo, incita a pensar en lo peor.

Crommer se frotó la mandíbula con aire reflexivo.

—Dagmar, yo creo que lo mejor es callar, por el momento, lo que hemos visto. Podríamos vernos en un aprieto, sin tener la menor culpa, pero, ¿quién nos creería?

—Tiene usted razón — concordó la muchacha —. Sin embargo, ¿qué hacemos?

—Mire, seamos prácticos. De Ricks no queda el menor rastro. Diremos que no estaba en su casa cuando vinimos a visitarle. La puerta estaba abierta, entramos y... ¿Me ha entendido?

—Sí, Hal, es lo mejor.

Crommer guardó cuidadosamente la hoja de papel.

—Ese diario debía de decir algo muy interesante, Dagmar —manifestó—. ¿Se imagina dónde está ahora?

—En la casa de la colina.

—Y... ¿quién lo llevó allí?

Dagmar formuló una acusación:

—Branlo —dijo con voz firme.

—Yo también creo lo mismo. Indudablemente, es un fiel criado del doctor Kapyll. A éste, por lo que sea, no le convenía que se divulgase el contenido del diario de Ricks y le ordenó a Branlo que lo recogiera. Lo único que no podemos calcular es la forma en que lo mató, como tampoco el arma empleada en el crimen.

—¿Seguro que fue Branlo? Recuerde que es un hombre pesadísimo; dentro de la casa, no hemos encontrado señales de sus pisadas...

—El suelo es muy fuerte aquí — contestó Crommer—. Vayamos al jardín.

El hecho les había pasado desapercibido a su llegada. Era indudable que Branlo había llegado a la casa, caminando por fuera del sendero central.

Había algunas plantas aplastadas de modo que no ofrecía lugar a dudas. Las huellas de unos pies enormes se advertían asimismo con toda facilidad a metro y medio del sendero.

Los dos jóvenes callaron unos momentos, profundamente preocupados por el hecho.

—Si Ricks no se hubiese convertido en polvo, habría cuerpo del delito —dijo Crommer al cabo—. En tal caso, se podría acusar a Branlo.

—Sí, pero ¿quién creería ahora lo ocurrido aquí? — dijo la joven.

—En efecto; y el único medio de averiguar la verdad es...

—¿Cuál? —preguntó Dagmar ansiosamente.

—¡Interrogar a Branlo!

* * *

Volvieron a la posada.

La señora Booker les preguntó si habían hablado con Ricks.

—No estaba en su casa —contestó Dagmar.

—Ah, se habrá ido a pasar algunos días con su hermana menor, que vive en Virginia — sugirió la posadera con aire enteramente natural.

Crommer y Dagmar se sentaron ante una mesa.

—¿Cómo piensa interrogar a Branlo? —preguntó ella, aceptando el cigarrillo que le ofrecían.

—Apresándolo, por supuesto.

—¿Cómo? Si sus fuerzas se corresponden con su volumen, ni diez hombres podrían sujetarlo —alegó Dagmar.

Crommer expulsó el humo de su cigarrillo.

—Hay otros medios mejores que la fuerza bruta — contestó.

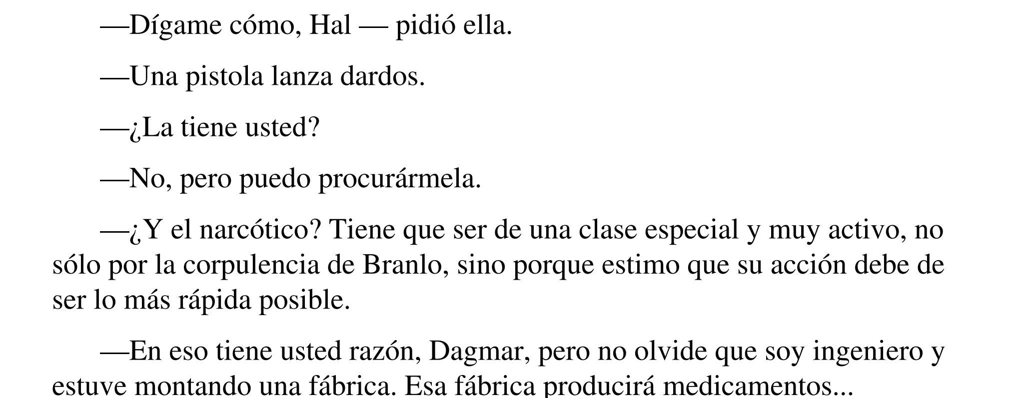
—¿Por ejemplo?

—Un narcótico, Dagmar.

—Usted no puede saltar sobre sus hombros, atacándole por detrás, y ponerle ante la nariz un algodón empapado en cloroformo.

—No lo haría así, Dios me libre — sonrió el joven—. Pero puedo hacerlo

de una manera más cómoda y sin riesgo alguno.



—Dígame cómo, Hal — pidió ella.

—Una pistola lanza dardos.

—¿La tiene usted?

—No, pero puedo procurármela.

—¿Y el narcótico? Tiene que ser de una clase especial y muy activo, no sólo por la corpulencia de Branlo, sino porque estimo que su acción debe de ser lo más rápida posible.

—En eso tiene usted razón, Dagmar, pero no olvide que soy ingeniero y estuve montando una fábrica. Esa fábrica producirá medicamentos...

—Ah, tiene amigos químicos — sonrió Dagmar.

—Justamente.

La casa trepidó de pronto. Crommer y Dagmar volvieron la cabeza.

Por delante de ellos pasó un enorme camión, de dimensiones análogas a los que habían visto el día anterior.

Crommer se fijó más en el camión que en los rótulos pintados en los costados de la caja y que indicaban la compañía de transportes a que pertenecía. Pero cuando pasó el segundo vehículo, segundos más tarde, el nombre de la empresa sí se grabó en sus retinas:

COMPAÑÍA DE TRANSPORTES
INTREX
715, Calle 99 Oeste
New York

— Más materiales para los experimentos del doctor Kapyll —dijo la muchacha.

Crommer asintió. En su interior, empezaba a considerar la conveniencia de hacer una visita a la «Compañía de Transportes Intrex».

Antes, sin embargo, debía procurarse el narcótico. Y el hombre que debía procurárselo residía en un lugar situado en dirección diametralmente opuesta.

* * *

La ausencia de Crommer duró cuarenta y ocho horas.

El joven abandonó Bexley Forks alegando urgentes ocupaciones que no permitían demoras. Dagmar vivió en un océano de impaciencia hasta que le

vio reaparecer de nuevo.

Crommer llegó poco antes de la cena. Dagmar le vio, pero él le hizo una seña disimulada y Dagmar se abstuvo de hacerle ninguna pregunta por el momento.

Sin embargo, se reunieron en la cena. La posadera, al servirles la sopa, dijo:

—He estado pensando en que hay otra persona en Bexley Forks que tal vez pueda ayudarla a usted en sus relatos, señorita Gannet.

—¿De veras? Eso sería muy interesante, señora Booker.

—Sí. Se llama Bill Conrey y era muy amigo de Sammy Ricks. No es tan viejo como él, pero la diferencia de edad de los dos con los demás habitantes del pueblo es lo suficientemente notoria para que ambos se sintieran un tanto distanciados de los demás.

—Comprendo. Hoy ya es tarde, sin embargo — sonrió Dagmar—. Mañana iré a visitarle, señora Booker. Muchas gracias.

—No hay de qué, señorita; yo sólo deseo facilitar su labor.

—Citaré su nombre en mis narraciones — prometió la joven.

La posadera se esponjó.

—En tal caso, será la primera vez que vea mi nombre en letra impresa — dijo. Y se alejó con paso mesurado.

Dagmar miró a Crommer con ojos brillantes.

—Hal, ésta es una nueva pista... —empezó a decir, pero se interrumpió al ver la rara expresión que alteraba las facciones del joven—. Hal, ¿qué le sucede? ¿Por qué me mira así?

Crommer demoró la respuesta un segundo.

—Dagmar, ¿es que no se ha fijado en las palabras de la señora Booker? — preguntó.

—Bueno, yo he oído...

—Usted ha oído, pero no se ha dado cuenta de que esa mujer ha dicho, exactamente: «Se llama Bill Conrey y era muy amigo de Sammy Ricks.» ¿Por qué ha dicho «era» y no «es»?

Dagmar se puso pálida.

—Entonces... ella... sabe que Ricks... ha muerto... — balbuceó.

Crommer asintió con lentos movimientos de cabeza.

— Sí, lo sabe — corroboró.

—¿Es... la señora Booker... también un... ser de otro mundo?

—No apostaría en su favor como nacida en la Tierra, Dagmar, eso es lo que yo creo — respondió Crommer con tono firme.

CAPÍTULO VI

Las ranas croaban en el pantano. Un fétido olor invadía la atmósfera.

Un búho ululó a lo lejos. Dagmar, invadida por una enorme angustia, pero, resuelta a pesar de todo, avanzaba al lado de Crommer.

El ingeniero llevaba en la mano la pistola lanza dardos. Era un arma común, de las empleadas por los facultativos en el «zoo» para anestesiar a los animales fieros que necesitaban ser reconocidos.

En este caso, sin embargo, el anestésico ordinario había sido sustituido por otro de acción mucho más fuerte, preparado por el químico amigo de Crommer. Ya habían rebasado los linderos del bosque y ahora estaban adentrándose por el camino que conducía a la casa de la colina.

Las ranas cesaron de croar súbitamente. Dagmar, con gesto instintivo, se arrimó a Crommer.

Una fosforescencia luminosa brilló tenuemente al otro lado de la colina. Crommer, en voz baja, dijo:

—La nave del espacio se dispone a remontarse, Dagmar.

Ella asintió en silencio. Segundos después, vieron la estructura del OVNI, que ascendía con notable rapidez.

En pocos momentos, la luz aumentó de forma exorbitante, borrando, al mismo tiempo, los contornos del aparato. Se oyó un lúgubre y distante trueno y, de súbito, la astronave desapareció.

Regresaron las tinieblas. Las ranas croaron de nuevo.

Dagmar y Crommer se miraron.

—La nave del espacio se ha marchado —dijo él.

—Sí. ¿Cuál será su destino?

—Debe de ir a un mundo situado a miles de millones de kilómetros del nuestro; tal vez a distancia de años luz. Pero no lo sabremos mientras Branlo no nos diga...

La mano de Dagmar se crispó súbitamente sobre el brazo de Crommer.

—Branlo —susurró.

El gigante avanzaba con paso mesurado hacia ellos.

—Buenas noches, señorita, señor — saludó con exquisita cortesía.

—Buenas noches, Branlo —contestó Crommer.

—Están en terrenos ajenos —les recordó Branlo.

—Lo sabemos.

—En tal caso, permítanme que les diga, una vez más...

—Perdón, Branlo; estamos aquí porque hemos venido a hablar con usted precisamente —le interrumpió el ingeniero.

Branlo pareció quedar desconcertado unos instantes.

—¿Hablar conmigo? —dijo.

—Sí. De un tema muy interesante — se atrevió Dagmar a intervenir.

—No creo que yo pueda servirles...

—Sí, puede servirnos —dijo Crommer con voz firme—. Queremos que nos hable del diario de Sammy Ricks.

—Lo siento, pero no tengo el honor de conocer a esa persona — respondió Branlo.

—Está mintiendo. Usted lo asesinó la madrugada pasada — exclamó Dagmar con vehemencia.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el ingeniero.

—¿Quién se lo ordenó?

—¿Qué sabía Ricks que no convenía a... alguien que fuese divulgado?

—¡Conteste, Branlo!

El gigante parecía aturdido por la rapidez de las frases que se le dirigían. De pronto, dio un paso atrás.

—¡Va a escapar, Hal! —gritó Dagmar.

Crommer levantó la pistola y apretó el gatillo.

Se oyó un sordo bufido, cuando el aire comprimido expulsó el dardo impregnado de narcótico.

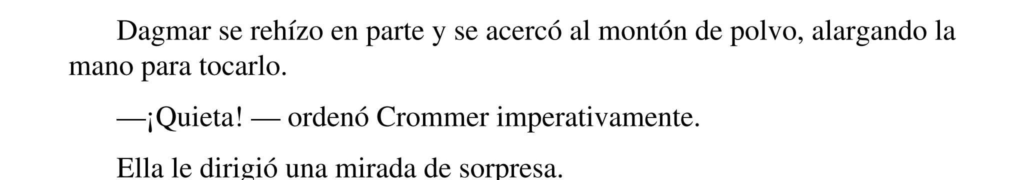
El gigante se llevó una mano a la mejilla, asombrado por aquella extraña sensación que acababa de percibir. Crommer y Dagmar aguardaban con ansiedad La inminente caída de Branlo.

Pero no ocurrió nada de lo que esperaban.

¡Ante sus ojos atónitos, Branlo se disolvió, se convirtió en una nube de polvo gris y viscoso que, después de desmoronarse, quedó formando un montonero de forma cónica en el suelo!

Dagmar estaba aterrada.

Crommer sentía que la cabeza le daba vueltas. ¿Qué catastróficos efectos había producido el narcótico en aquel ser de otro mundo?


Dagmar se rehízo en parte y se acercó al montón de polvo, alargando la mano para tocarlo.

—¡Quieta! — ordenó Crommer imperativamente.

Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

—Pero...

—No toque ese polvo —insistió él—. Son los restos de un ser no nacido en nuestro planeta. Pueden ser venenosos o contener gérmenes malignos. No los toque, repito.

Ella asintió.

—Tiene razón —murmuró.

De pronto, se levantó un fuerte viento. En medio de agudos y lúgubres silbidos, el aire arrastró el polvo, haciéndolo desaparecer en contados instantes.

Las ranas habían cesado de croar nuevamente.

Cuando el polvo se disipó, volvieron a entonar su chirriante y desagradable canción.

* * *

—Indudablemente, la señora Booker es también un ser extraterrestre.

Dagmar correspondió con un signo afirmativo.

Estaban a la orilla del río, a la sombra de unos árboles. A través de un claro, podían divisar la casa de la colina.

A pleno sol, la casa perdía mucho de su fúnebre aspecto. Incluso parecía un edificio agradable.

—He pasado una noche infernal —confesó la joven—. Cerré la puerta de mi cuarto con doble vuelta de llave y apenas he podido pegar ojo.

—Lo mismo me ha pasado a mí —dijo Crommer, con la vista fija en la casa de la colina—. Si fuese mía, lo primero que haría sería desecar el pantano.

—Resultaría una obra costosísima — alegó ella.

—No crea. La distancia al río es de menos de un kilómetro. Bastaría un pequeño canal de desagüe y en pocas semanas, aquel trozo perdería por completa el aspecto tan desagradable que tiene.

—¿Y viviría en la casa? Si fuese suya, claro.

—¿Por qué no? Una vez expulsados los extraterrestres...

Dagmar suspiró.

—Acaba usted de nombrar la empresa más difícil de todas —dijo.

Crommer apretó los labios.

—Pero no es imposible, Dagmar. Para esta situación tiene que haber a la fuerza una solución. No sé cuál es, pero acabaremos por hallarla, se lo aseguro.

—A menos que...

Dagmar se mordió los labios.

—¿Por qué se ha callado? —preguntó él.

—Somos dos solamente. Ellos, aparte de ser mayores en número, tienen poderes fabulosos de los que no tenemos ni idea. Podrían barrernos con la mayor facilidad del mundo, Hal.

—Quizá traten de pasar desapercibidos, Dagmar. Si nos causaran algún daño, el caso podría recibir una publicidad que a ellos les resultaría perjudicial

—Es posible —suspiró ella—. ¿Seguirá residiendo en la posada?

—¿Por qué no? Sabemos que la señora Booker es uno de «ellos». Bien, debemos observar su comportamiento, sin demostrar que nos hemos dado cuenta de su verdadera identidad, y esperar mientras el momento propicio para interrogarla a fondo, sin correr el riesgo de que se nos convierta en polvo entre las manos.

Dagmar se estremeció.

—¡No me lo recuerde, Hal! —pidió con voz tensa.

—Lo que sí encuentro extraño es que la señora

Booker nos recomendase que hablásemos con el amigo de Sammy Ricks. Eso no parece muy lógico, ¿verdad?

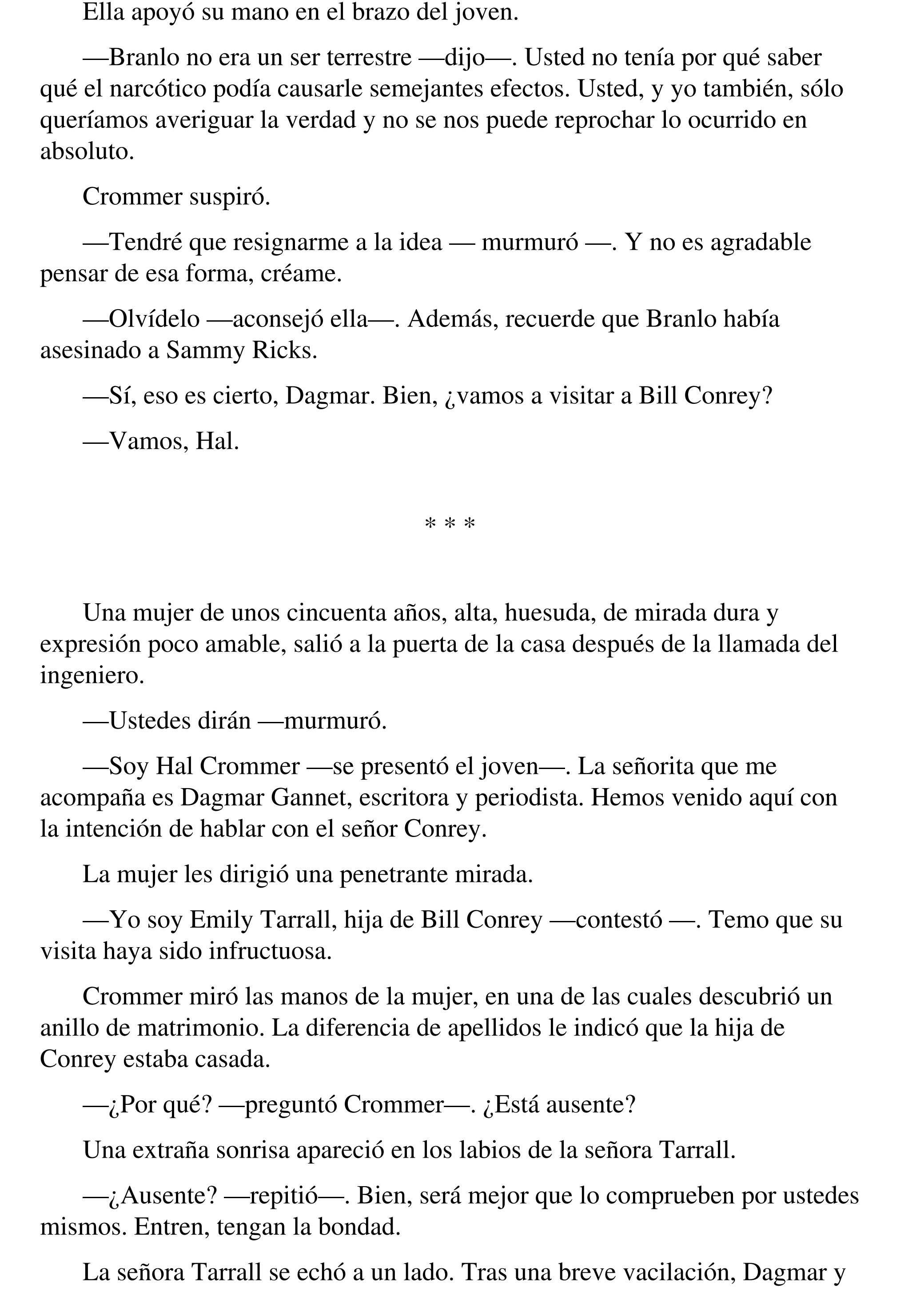
Ella se mordió los labios.

—El consejo debe de perseguir algún fin oculto —especuló—. ¿Por qué no vamos a casa de Bill Conrey y lo averiguamos?

Crommer se puso en pie de un salto y luego se inclinó a la vez que alargaba la mano para ayudar a la muchacha a hacer lo propio. Una vez los dos incorporados, Crommer dirigió una larga mirada hacia la casa, cuyas paredes aparecían teñidas de rojo por los últimos rayos del sol poniente.

—Parece bañada en sangre —dijo Dagmar, estremeciéndose.

—Y yo tengo la sensación de ser un asesino —murmuró él.



—¿Lo dice por la horrible muerte de Branlo?

—¿Por qué otra cosa podría decirlo, Dagmar?

Ella apoyó su mano en el brazo del joven.

—Branlo no era un ser terrestre —dijo—. Usted no tenía por qué saber qué el narcótico podía causarle semejantes efectos. Usted, y yo también, sólo queríamos averiguar la verdad y no se nos puede reprochar lo ocurrido en absoluto.

Crommer suspiró.

—Tendré que resignarme a la idea — murmuró —. Y no es agradable pensar de esa forma, créame.

—Olvídelo —aconsejó ella—. Además, recuerde que Branlo había asesinado a Sammy Ricks.

—Sí, eso es cierto, Dagmar. Bien, ¿vamos a visitar a Bill Conrey?

—Vamos, Hal.

* * *

Una mujer de unos cincuenta años, alta, huesuda, de mirada dura y expresión poco amable, salió a la puerta de la casa después de la llamada del ingeniero.

—Ustedes dirán —murmuró.

—Soy Hal Crommer —se presentó el joven—. La señorita que me acompaña es Dagmar Gannet, escritora y periodista. Hemos venido aquí con la intención de hablar con el señor Conrey.

La mujer les dirigió una penetrante mirada.

—Yo soy Emily Tarrall, hija de Bill Conrey —contestó —. Temo que su visita haya sido infructuosa.

Crommer miró las manos de la mujer, en una de las cuales descubrió un anillo de matrimonio. La diferencia de apellidos le indicó que la hija de Conrey estaba casada.

—¿Por qué? —preguntó Crommer—. ¿Está ausente?

Una extraña sonrisa apareció en los labios de la señora Tarrall.

—¿Ausente? —repitió—. Bien, será mejor que lo comprueben por ustedes mismos. Entren, tengan la bondad.

La señora Tarrall se echó a un lado. Tras una breve vacilación, Dagmar y

Crommer acabaron por entrar en la casa.

En el salón encontraron a Bill Conrey. Tenía, calculó el ingeniero, unos ochenta años, y permanecía sentado en un sillón de ruedas, moviendo la cabeza lentamente adelante y atrás, a la vez que murmuraba palabras incoherentes.

Un hililllo de baba se escapaba de sus labios apergaminados. La señora Tarrall se acercó a su padre y le limpió la boca con un pañuelo.

—Está así desde hace unos años —dijo, mirando a la pareja—. Vive, pero la avanzada edad le ha causado una demencia pacífica. No hace mal a nadie, no da molestias, pero ya no reconoce a las personas, ni siquiera a mí, y su falta de memoria es absoluta. Así seguirá hasta que Dios quiera llevárselo —concluyó la señora Tarrall con acento patético.

Dagmar y Crommer se quedaron anonadados al conocer la verdad.

—Lo siento —murmuró él.

Dagmar no tenía fuerzas para hablar. Crommer pronunció unas palabras de disculpa y luego, tomando a la joven por el brazo, se la llevó de aquel lugar.

Dagmar respiró aliviada al hallarse lejos de la casa de Conrey.

—Hal, tengo la sensación de que la señora Tarrall es también un ser extraterrestre — dijo al cabo de unos minutos de consternado silencio.

—Es posible —murmuró el joven—. Pero todo esto encierra un extraño misterio... y cuantos más obstáculos nos encontramos, más interés siento yo en conocer la verdad.

—Hall, ¿no estaremos jugando con fuego? ¿No acabaremos desencadenando fuerzas que no sabremos controlar después? —preguntó ella temerosamente.

—¿Y hemos de permanecer quietos, sabiendo que hay aquí una serie de personas, si se les puede dar este nombre, que están tramando sabe Dios qué espantosos males contra nuestro planeta, sin hacer nada contra ellos?

Dagmar meneó lentamente la cabeza.

—No, Hal — contestó —. No podemos estarnos cruzados de brazos, conociendo esta íntima y terrible parte de la verdad. Lo peor de todo es que no sabemos qué es lo que debemos hacer.

—Yo sí lo sé —declaró Crommer con acento resuelto—. Es decir, sé, por lo menos, cuáles han de ser nuestros primeros pasos, Dagmar.

—Hable, Hal — pidió la muchacha con acento lleno de interés.

—Usted se quedará en la posada y vigilará estrictamente a la señora

Booker. En cuanto tenga ocasión, averigüe por qué no nos advirtió previamente de la enfermedad de Bill Conrey.

—Sí, Hal. Y usted, ¿qué hará mientras tanto?

—Iré a Nueva York —respondió él—. Tal vez en la «Compañía de Transportes Intrex» puedan facilitarme algunos datos que nos sirvan para llegar al fondo de la cuestión.

CAPÍTULO VII

Hal Crommer detuvo el coche junto a la acera y saltó del vehículo. Parado junto a la portezuela, contempló con ojo crítico el rótulo que había sobre un portón que, sin duda, daba acceso a los grandes camiones de transporte de la empresa.

El edificio era antiguo y databa al menos de principios de siglo. Estaba construido en ladrillo ya oscurecido por el paso de los años y tenía varios pisos. No obstante, se veía que había sufrido varias modificaciones con el fin de adecuarlo a sus actuales funciones.

A la derecha del portón de acceso a los garajes, divisó una puerta de tamaño normal. En ella había un rótulo más pequeño, que invitaba a entrar sin pedir permiso.

Crommer metió la mano dentro del coche y sacó un portafolios de color negro. Luego, con paso resuelto, cruzó la acera.

Empujó la puerta y se halló en una especie de oficina dividida en dos por una mampara de un metro de alto. Había un pequeño mostrador y una muchacha tecleaba en una máquina de escribir con aire más bien aburrido.

La mecanógrafa le oyó entrar y suspendió su trabajo.

—¿Sí? — dijo con acento hastiado.

—Me llamo Crommer —dijo el joven—. Deseo hablar con el director de la Compañía.

—Crommer — repitió la chica —. No recuerdo que el señor Wodson tenga concertada ninguna cita con usted.

—En eso tiene usted razón, señorita, porque mi viaje ha sido tan precipitado, que ni tiempo me ha quedado para hablar por teléfono. Dígale al señor Wodson que está aquí el nuevo secretario personal del doctor Kapyll.

Era una mentira necesaria, estimó el joven. Su decepción fue grande al darse cuenta de que la mecanógrafa no parecía muy impresionada por sus palabras.

—Bueno, se lo diré — contestó indiferentemente —. Siéntese, tenga la bondad.

Crommer buscó una silla y encendió un cigarrillo. Al cabo de unos segundos, apareció de nuevo la empleada.

—El señor Wodson le espera —dijo.

—Gracias, señorita.

Crommer aplastó el pitillo en un cenicero y se puso en pie. Cruzó el local

y entró en un despacho más bien tristón y con aspecto de haber sido amueblado cuarenta años antes.

Un hombre de mediana estatura, cabellos escasos y mirada insegura se puso en pie al entrar el ingeniero en el despacho.

—Señor Crommer — saludó —. Soy Wodson, director de la «Intrex».

—Tanto gusto, señor Wodson —contestó el joven —. Me envía el doctor Kapyll.

—Kapyll — repitió Wodson melancólicamente —. Un buen cliente nuestro. Pero siéntese, por favor. ¿En qué puedo servirle?

Crommer tomó asiento a la vez que abría la cartera, como si se dispusiera a sacar unos papeles de su interior.

—En Bexley Forks hubo ayer una gran tormenta y fueron derribados algunos postes telefónicos — mintió—. Por eso no le he podido hablar de mi viaje.

—Sí, claro. ¿Y...?

—Verá, señor Wodson, el doctor Kapyll me ha enviado para presentarle a usted sus quejas por ciertas deficiencias observadas en los últimos envíos.

—Es raro —exclamó Wodson—. Jamás nos había sucedido nada semejante hasta ahora.

Crommer sonrió.

—Alguna vez habría de ser la primera —dijo—. Ahora bien, a fin de arreglar este molesto asunto, el doctor Kapyll interesa que yo compare la lista de su pedido con la que ustedes tienen aquí. Tal vez el error estribe en alguna diferencia de interpretación y la culpa no sea solamente de ustedes.

—No creo que lo sea de ninguna manera — contestó Wodson secamente. Se inclinó un poco y habló a través del interfono —: Betty, la última carpeta del doctor Kapyll, por favor.

—Al momento, señor Wodson —contestó la mecanógrafa.

Instantes después, entraba en el despacho con una carpeta en las manos. Wodson la abrió, examinó algunos de los papeles de su interior y acabó por entregar uno de ellos a su visitante.

—Éste es el último pedido, señor Crommer.

El ingeniero tomó el papel. Colocó la cartera sobre las rodillas y lo puso al lado de otra serie de folios que sostenía con la mano izquierda.

Sus papeles estaban en blanco. Lo único que hacía era simular que cotejaba sus notas propias con el pedido de Kapyll.

Hizo un esfuerzo para mantenerse impasible.

«Esto parece chino», se dijo para sus adentros.

Lleno de estupefacción, leyó:

«C-47-8887: 10 Unids.

»A3-9320: 12 Unids.

»R-87: 100 Unids.

»5L-10332: 2 Unids...

Era inútil seguir, se dijo Crommer. El resto del documento estaba redactado en el mismo estilo.

—¿Encuentra la diferencia, señor Crommer?

El joven alzó la vista.

—Todo parece en orden —mintió—. Sin embargo, el pedido que corresponde a las cifras R-87 no ha llegado en condiciones.

Wodson se encogió de hombros.

—Lo siento — dijo —. La culpa no es nuestra.

—¿No? Ustedes transportaron...

—En efecto, transportamos, pero no compramos los materiales — dijo Wodson.

—Yo creía que...

—Permítame, señor Crommer —le interrumpió el director de la «Intrex»—. El doctor Kapyll nos envía el pedido y nosotros nos limitamos a pasarlo a determinadas empresas, según la cifra código conveniente. Esas fábricas nos envían aquí sus... productos y luego nosotros los llevamos a Bexley Forks. Eso es todo, señor Crommer.

—Muy bien —dijo el joven sin amilanarse—. Tenga la bondad de facilitarme la dirección de la empresa que fabricó las cien unidades de R-78. Le formularemos a ella la reclamación correspondiente.

A Crommer le pareció que Wodson se reía para sus adentros. Sin embargo, la cara del director de la «Intrex» no mostraba ninguna emoción.

—Muy bien —contestó—. Tome nota, se lo ruego. «Rockies Ltd. », Avenida Washington, 816, Portland, Oregon. Allí podrán darle las explicaciones que usted pide, señor Crommer.

El joven disimuló la contrariedad que sentía. Portland estaba en el extremo opuesto de la nación. ¿Qué absurdo era aquél que tenía entre manos?

—Así lo haré —prometió con voz firme, a la vez que se ponía en pie—.

Sin embargo, encuentro extraño que una firma de Oregón envíe sus productos al doctor Kapyll pasando por ustedes.

—Nosotros somos sus agentes y centralizamos todos los pedidos. ¿Satisfecho, ingeniero?

Crommer apretó los labios.

Él no había mencionado en absoluto su profesión, ¿cómo sabía Wodson que era ingeniero?

—En la Tierra se vive bien, ¿verdad? — dijo con aire natural.

—Oh, sí, estupendamente — contestó Wodson. Y, de súbito, se dio cuenta de que había caído en la trampa que tan hábilmente le había tendido su visitante.

Una mueca de rabia desfiguró sus facciones. Antes de que Crommer pudiera darse cuenta de sus intenciones, abrió el cajón central de su mesa y sacó un revólver.

—Lo siento —dijo—, pero creo que no voy a tener más remedio que encerrarle. Levante las manos, por favor, y no me obligue a disparar, señor Crommer.

* * *

Dagmar Gannet se sentía muy nerviosa.

Hacía casi cuarenta y ocho horas que el ingeniero se había ausentado de Bexley Forks. Todavía no había tenido la menor noticia suya, a pesar del tiempo transcurrido.

Empezaba a sentir aprensiones sobre su suerte. El viaje a Nueva York, desde el pueblo, costaba menos de cuatro horas.

Crommer debía de haber vuelto el mismo día. Saliendo a las siete de la mañana, podía estar a las once o antes en Nueva York.

Una hora, dos como máximo para desempeñar su misión en la «Intrex», otra más para un refrigerio y, en seguida, la vuelta a Bexley Forks. En unas doce horas, tirando por lo largo, podía haber realizado el viaje completo de ida y vuelta.

Y ya había transcurrido un período de tiempo doble del calculado.

Se paseó por su habitación, retorciéndose las manos nerviosamente.

—¿Y si le había ocurrido algo?

¿Qué haría ella sola en el pueblo?

Le amedrentaba la perspectiva. Sintióse cobarde y pensó que tendría que huir, dejando a los extraterrestres dueños del campo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Dagmar se sobresaltó en un principio. Luego echó a correr y abrió. La desilusión se dibujó en su rostro. Era la señora Booker.

—Le traigo el té — sonrió la mujer.

—Gracias —contestó Dagmar—. Déjelo sobre la mesita, tenga la bondad.

La señora Booker depositó la bandeja en el lugar indicado y luego se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia la muchacha.

—¿Señorita?

—Dígame, señora Booker —contestó Dagmar.

—¿Tiene usted noticias del ingeniero? Hace ya dos días que falta y su equipaje continúa en su habitación...

—El señor Crommer volverá muy pronto, tal vez hoy mismo —aseguró Dagmar, sin saber si decía la verdad o hablaba sólo por pura esperanza de que sucediera como deseaba.

—Ah, en ese caso... Dispense, señorita.

—De nada, señora Booker. Oh, olvidaba una cosa.

La posadera se volvió hacia Dagmar.

—Usted dirá, señorita —habló cortésmente.

—¿Recuerda a Bill Conrey? Usted nos dijo que fuésemos a visitarle.

—En efecto, señorita Gannet. ¿Y...?

—Perdimos el tiempo.

—No entiendo...

Dagmar se armó de paciencia.

—¿Por qué no nos advirtió de su enfermedad? Está inútil, los años le han afectado la mente, sólo habla palabras ininteligibles y no reconoce a nadie, ni siquiera a su hija, la señora Tarrall.

La posadera parecía desconcertada.

—Debía de estar pensando en otra cosa cuando les hablé de Bill Conrey — dijo, sonriendo forzadamente —. Le ruego me perdone, señorita.

—Está bien, no tiene importancia — contestó Dagmar —. A propósito, no vimos al yerno de Bill Conrey.

—Emily se quedó viuda el año pasado.

—Ah. Entiendo, muchas gracias, señora Booker.

—Ya lo sabe, siempre a su disposición, señorita.

Dagmar se quedó sola nuevamente.

El té se enfrió mientras reflexionaba. La posadera le había engañado.

No era que pensara en otra cosa cuando les mencionó a Conrey, se dijo. Lo que sucedía era que, en aquellos momentos, ni ella misma conocía el deficiente estado de salud del amigo de Sammy Ricks.

Ello hizo que Dagmar llegase a una conclusión.

Estaba segura de que Emily Tarrall era también un ser extraterrestre. Pero incluso entre ellos mismos existían desavenencias y diversidad de opiniones. O, por lo menos, concluyó, falta de coordinación entre sus acciones.

CAPÍTULO VIII

Crommer se paseaba por su encierro como un león enjaulado.

Era una habitación casi desprovista de muebles y sin ninguna abertura al exterior.

Sólo disponía de un camastro, una silla y una estantería vieja y desvencijada con algunos libros.

Al lado había un pequeño cuarto de baño, con un orificio de ventilación en el techo, tan angosto, que difícilmente hubiera podido pasar por él un chiquillo de pocos años.

Wodson le había llevado allí después de amenazarle con el revólver. De ello hacía ya varias horas y, hasta el momento, nadie había venido a visitarle ni a anunciarle cuál iba a ser su suerte.

La puerta de su encierro era de aspecto corriente, pero había resistido todos sus esfuerzos. Crommer sospechaba que estaba atrancada por un recio travesaño en el exterior.

Se preguntó qué haría Dagmar. Al faltar él, ¿no tomarían los extraños represalias contra la muchacha?

De pronto, creyó oír ruido de pasos que se acercaban a la puerta.

Sonaron voces humanas. Crommer, invadido por la curiosidad, pegó el oído a la puerta.

—¿Está ahí? —preguntó alguien al otro lado.

—Sí.

—¿Qué haremos con él?

—Espera órdenes. Todavía no nos han llegado.

—Convendría que nos lo quitásemos de en medio cuanto antes.

—Ten paciencia. Las órdenes no tardarán en llegar.

—¿Qué harán con él? ¿Lo sabes tú?

—¡Psé! Seguramente lo enviarán a...

Crommer no entendió la última palabra de la frase. Era un nombre muy enrevesado.

¿El nombre del planeta de donde procedían los extraños?

—¿Y por qué allí precisamente?

—Sabe demasiadas cosas. Resultaría peligroso si lo dejásemos en

libertad.

—Si esto terminase pronto...

—Aún quedan unos cuantos años de labor. El éxito nos va acompañando hasta el momento y no podemos comprometer el resultado final.

—Sí, eso es cierto. Bueno, abre; vamos a darle algo de comida al prisionero.

Crommer se situó junto a la puerta, en el lado contrario a donde se abría. Oyó ruido de maderas y luego el de una llave al girar en la cerradura.

Un hombre cruzó el umbral, portador de una bandeja con comida en las manos. Cuando se quiso dar cuenta de que tenía al prisionero a su derecha, era ya tarde.

El pie de Crommer se apoyó en su espalda, lanzándole hacia adelante con inenarrable violencia. El individuo trastabilló y acabó por caer, metiendo la cara entre los restos de comida desparramados por el suelo.

Crommer giró en redondo y se dispuso a enfrentarse con el otro. Se quedó atónito: era una nueva edición de Branlo.

El individuo también estaba sorprendido. Sin embargo, impulsado por la desesperación, Crommer cargó contra él con la cabeza gacha.

Su guardián recibió el impacto en pleno pecho. Pese a su enorme peso, había sido cogido por sorpresa y cayó sentado.

Crommer retrocedió, dándose cuenta de que no podría continuar la lucha. Su adversario no había perdido el conocimiento y se aprestaba a defenderse. Si le permitía atacarle, estaba perdido.

De pronto vio, apoyado en la pared, el travesaño de madera qué había servido para atrancar la puerta. Agarró el madero con ambas manos y se arrojó hacia adelante, empuñándolo como si fuese una lanza.

La madera chocó contra la frente del gigante, que se incorporaba en aquel momento. Se oyó un seco chasquido y el individuo cayó fulminado.

Crommer se volvió. El otro, ya en pie, le miraba torvamente.

La distancia era un tanto excesiva. Crommer no tenía más que una solución.

El madero partió silbando y alcanzó su blanco en el centro del tórax del guardián. Se oyó un gruñido de dolor y luego el individuo cayó de espaldas, retorciéndose de dolor.

Crommer consideró la situación durante un par de segundos. Tenía que asegurarse la retirada.

Agarró al gigante por los pies y, no sin grandes esfuerzos, consiguió introducirlo en la habitación. Luego recobró el travesaño y corrió hacia la puerta.

Cuando cerraba vio que el individuo de tamaño normal empezaba a levantarse. Era ya tarde para que pudiera reaccionar contra él.

Tranquilamente, Crommer cerró la puerta con doble vuelta de llave y luego colocó el travesaño en sus muescas. Giró sobre sus talones y entonces se dio cuenta, con asombro y terror, «que no estaba en ninguna parte».

* * *

Dagmar tenía apagada la luz de su dormitorio, pero no estaba acostada.

Hallábase en pie, junto a la puerta de la habitación, ligeramente entreabierta. A través de la ranura podía ver la mayor parte del corredor del piso alto de la posada.

Hacía ya rato que todo el mundo se había retirado a descansar. Dagmar vigilaba.

Creía poder sorprender a la señora Booker — de la cual, por fin había averiguado se llamaba Hannah — en alguna actitud que le permitiese adelantar en sus investigaciones. Lamentó no estar armada; tal vez, con una pistola en las manos, Hannah Booker se habría sentido inclinada a hablar.

¿O no tenía miedo de las armas terrestres?

Eran especulaciones sin fundamento. No tenía un revólver y no era cosa de pensar lo que habría hecho de disponer de él. Debía contar con sus propias fuerzas, físicas y mentales.

Las horas pasaron lentamente. Dagmar se sintió cansada y, trayéndose una silla, se sentó junto a la puerta.

Empezó a dar cabezadas. El sueño la vencía.

De pronto, oyó un ligero chasquido. Se despabiló en el acto.

La puerta del dormitorio de Hannah Booker se abrió. La posadera salió al pasillo y se dirigió a la escalera que conducía al piso bajo.

Dagmar abandonó su habitación, pisando de puntillas. Previsoramente, se había puesto un chaquetón oscuro, unos pantalones negros y se calzaba con unas cómodas sandalias de suela blanda del mismo color.

El interior de la posada estaba a oscuras. Pese a todo, la vista de Dagmar estaba habituada a las tinieblas. Además, la oscuridad no era absoluta; por las ventanas del piso bajo entraba parte del resplandor lunar.

Hannah abrió la puerta de la calle y salió, cerrando tras sí. Dagmar corrió escaleras abajo y se acercó a la puerta.

Abrió con infinito cuidado. La señora Booker caminaba presurosamente calle arriba. El pueblo permanecía en completo silencio.

Hannah dobló una esquina. Dagmar sonrió.

Ahora sabía adonde se dirigía la posadera. Tranquilamente, sin alterarse, salió de la casa y siguió los pasos de la señora Booker.

Minutos más tarde, convenientemente resguardada, la vio entrar en una casa conocida.

— Va a reunirse con Emily Tarrall—murmuró.

Y siguió andando.

Se acercó a la casa con infinitas precauciones. La puerta estaba cerrada y lo mismo las contraventanas exteriores.

Dagmar vaciló un momento. Luego, sintiendo que su corazón palpitaba con más fuerza de lo ordinario, se atrevió a coger el picaporte.

Lentamente, lo hizo girar poco a poco y luego entreabrió una rendija, por la que difícilmente hubiera podido pasar su dedo meñique.

Pero los sonidos sí pasaban.

—¿Por qué no me avisaste? —preguntó Emily Tarrall.

—No tuve tiempo. Estuve muy ocupada. La posada da mucho trabajo —se disculpó Hannah.

—Esos entrometidos estuvieron aquí...

—Lo sé. Me lo ha dicho ella.

—Vieron a Conrey. ¿Por qué les dijiste que viniesen a verle?

—Confiaba en que Bill les diese unas respuestas convincentes. El nuevo Bill, me refiero.

Dagmar se estremeció. ¿Qué diabólicos experimentos realizaban aquellos seres con los habitantes de la aldea?

—Aún no he tenido tiempo de educarle — dijo Emily—. Si me hubieras avisado... —volvió a lamentarse.

—Y tú, si me hubieras dicho en qué estado se hallaba el nuevo Bill, yo habría podido darles una excusa para que no vinieran. O, por lo menos, no se habrían llevado una sorpresa ni sospecharían ahora de mí.

—¿Crees que sospechan, Hannah?

—Pues claro que sí. No son tontos, Emily, y menos después de que vieron

que Ricks había desaparecido.

—Me pregunto si encontrarían sus restos —dijo la señora Tarrall pensativamente.

—Depende del estado en que lo dejase Branlo.

—Yo creo que debió de dejarlo de forma que el médico creyese que había muerto de senilidad.

—Pero ellos no lo encontraron en la casa, lo cual significa que Branlo le aplicó un tratamiento demasiado enérgico y acabó disolviéndose.

—Es probable — asintió Emily —. Sin embargo, lo más importante de todo es que el diario de Sammy está a buen recaudo.

—Sí, eso es cierto —convino Hannah—. Bien, ¿qué haremos ahora con Bill? Hemos cometido un error y es preciso enmendarlo.

—Me parece que terminaré dentro de un par de días. Entonces, será el nuevo Bill Conrey y hablará y se comportará normalmente, claro que con arreglo a sus ochenta años.

—¿Y qué dirás si te preguntan por qué ha recobrado la salud?

—Tendré que inventarme alguna... diré que tiene momentos de lucidez, que alternan con otros de enajenación.

—Pero imagínate que ven y hablan con el médico de Bexley Forks.

Emily Tarrall soltó una risa espantosa.

—Tendremos que ponerle de nuestro lado — dijo.

Dagmar se estremeció.

—¿Crees que será buena idea, Emily? —preguntó Hannah.

—No tendremos otro remedio — contestó la señora Tarrall—. Ya nos dio bastante trabajo cuando el imbécil de Dick Gulligan se le ocurrió ir a la casa de la colina a la medianoche...

—La culpa no fue de Dick, sino de Branlo, que no supo hacer las cosas bien. Debió haberse limitado a pegarle un buen susto, sin más.

—Está bien, no hablemos de lo pasado, que ya ha podido arreglarse — refunfuñó Emily—. Deja de mi cuenta a Conrey; el resto saldrá tal como habíamos planeado.

Dagmar sintió un escalofrío de miedo.

Si aquel ser que se hacía llamar Emily Tarrall no era la hija de Bill Conrey, ¿dónde estaba, en tal caso, la auténtica Emily Tarrall?

Dagmar se lo imaginó sobradamente: había seguido el mismo camino de

su padre y el de Sammy Ricks.

Una duda asaltó entonces su mente y la hizo sentir un pánico horroroso: ¿cuántos vecinos más había en la aldea que usurpaban personalidades que no eran las suyas propias?

Dagmar se dio cuenta de que las dos mujeres iniciaban la despedida. Sin hacer ruido, cerró la puerta y, viendo que podía ser descubierta, decidió guarecerse tras la esquina de la casa, hasta tanto hubiese pasado el peligro.

CAPÍTULO IX

Hal Crommer miró asombrado a su alrededor.

Era así: no estaba en ninguna parte.

Salvo la puerta atrancada, no había nada más a su alrededor.

Techos, suelo y paredes habían desaparecido por completo. Crommer creía estar flotando en un espacio infinito, de luz normal, sin embargo, pero en el que no se advertían términos precisos.

En suma, no había principio ni fin.

Era como si mirase una pared encalada, de inmensas dimensiones, lo suficientemente grande como para no poder abarcarla con la vista de una sola ojeada.

Pero aquella pared le rodeaba por completo, excepto por un punto: la puerta de su encierro.

Reflexionó.

Su calabozo, a fin de no ser hallado accidentalmente, había estado situado en algún lugar perteneciente a otra dimensión. Crommer tenía la seguridad de que estaba en los almacenes de la «Intrex».

Él recordaba haber atravesado un par de corredores, subido luego por unas escaleras que daban a un voladizo pegado a un muro de mampostería y después, finalmente, entrado en el calabozo.

Podía desandar lo andado de memoria, pero, ¿y si equivocaba el camino?

Se apartó unos pasos de la puerta.

Según sus recuerdos, ya debía de estar fuera del voladizo. Sin embargo, no había caído al suelo, a pesar de que la distancia era de unos cinco metros.

Además, los contornos de la puerta se hacían borrosos.

Sintió pánico y saltó hacia adelante.

La puerta recobró su apariencia normal. Entonces, Crommer recordó que al atacar al gigante había visto el voladizo y el interior del almacén, aunque la visión había durado sólo unos pocos segundos.

Era después, al abandonar su encierro, cuando había surgido a aquel espacio sin fin, donde salvo la luz y la puerta no había nada más.

Tenía que salir de allí, pero, ¿cómo?

De repente, se le ocurrió una idea.

Quitó el travesaño y abrió la puerta. El gigante continuaba en el suelo, sin

sentido.

Su compañero le dirigió una enconada mirada. Crommer le hizo una señal con la mano.

—Acérquese —ordenó.

El hombre obedeció. Crommer, a prevención, tenía dispuesto el travesaño, bien sujeto con ambas manos.

—Quiero irme de aquí —dijo—. Haga el favor de guiarme fuera de esta casa.

—Tengo órdenes...

Crommer blandió el travesaño amenazadoramente.

—Amigo — dijo —, voy a salir de aquí y lo haré con usted o sin usted. Si se niega a acompañarme, le destrozaré a golpes. ¿Estamos?

El hombre dirigió una mirada de aprensión al pesado madero.

Crommer estaba dispuesto a cumplir su palabra. Se resignó.

—Venga—dijo lacónicamente.

—Usted primero — sonrió el ingeniero.

Su guardián salió. Algo sucedió entonces, porque el almacén, el voladizo y la escalera se hicieron visibles.

«Debe de llevar algún aparato encima que restablece el campo espacial normal», pensó Crommer.

Descendieron la escalera y atravesaron el primer corredor. Momentos después, alcanzaban la puerta de la calle.

—Vuélvase —dijo Crommer.

El hombre obedeció. Cuando lo hizo, se encontró con un puño que volaba demoledoramente hacia su mandíbula.

Crommer se quitó de las manos un polvo imaginario.

—Bueno, y ahora, a Bexley Forks..., pero, antes, vamos a suprimir posibles perseguidores.

Salió a la calle. Su automóvil estaba todavía en el mismo sitio.

Doscientos metros más adelante, paró el vehículo, saltó fuera y entró en una cabina telefónica.

Marcó el número de la Jefatura de Policía y dijo:

—Escuchen esto con atención: los almacenes de la «Intrex», calle 99 Oeste, número 716, están repletos de armas y explosivos. Hay lo suficiente

para equipar a un ejército.

Y colgó, seguro de que el gigante y su compañero, y tal vez el señor Wodson tendrían que enfrentarse con una serie de preguntas bastante enojosas, a muchas de las cuales no sabrían qué responder.

* * *

Muy temprano todavía, Dagmar se levantó y, antes de desayunar, corrió a casa del médico de Bexley Forks.

Llamó a la puerta. Una mujer joven y agraciada salió a abrir a los pocos momentos.

—Dígame, señorita...

—¿El doctor Mills?

—Lo siento —contestó la joven—. Estará fuera por unos días. Si el caso es urgente, podríamos llamar al doctor Stacey, que vive en la localidad más próxima...

—Usted es su esposa — afirmó Dagmar.

—En efecto —contestó la joven sonriendo—. Soy la señora Mills.

—Gracias, señora. ¿Sabe si su esposo, efectivamente, está fuera del pueblo?

—¡Pues claro que sí! Anoche mismo hablé con él por teléfono y me avisó su llegada para dentro de cuatro días. Ha ido a un congreso de medicina rural en...

Dagmar se sintió muy aliviada al conocer la noticia.

—Siento haberla molestado, señora Mills — se excusó—. Dispénseme. Volveré... cuando haya regresado su marido.

La esposa del médico miró a Dagmar con extrañeza. Pero la muchacha se retiró antes de que la señora Mills pudiera formularle ninguna pregunta.

Dagmar regresó a la posada. Subió a su habitación y se arregló. Luego se dispuso a descender al comedor, para tomar el desayuno.

Recibió una enorme sorpresa. El ingeniero había vuelto.

—¡Hal! —exclamó con infinita alegría.

Crommer sonrió a la vez que se ponía en pie.

—¿Cómo se encuentra, Dagmar? —preguntó.

—Perfectamente, Hal. Tengo tantas cosas que contarle...

—Después del desayuno —la interrumpió Crommer—. Me parece que la buena señora Booker viene ya para aquí con una bandeja bien repleta.

Hannah entró en el comedor y sonrió.

—Celebro su vuelta, señor Crommer — dijo.

—Gracias, señora —contestó el joven—. Voy a ver si, de una vez, puedo terminar mis vacaciones en paz.

—Oh, Bexley Forks es un pueblo muy tranquilo — dijo la posadera—. Aquí nunca ocurre nada.

Crommer y Dagmar intercambiaron una mirada de inteligencia. Aquellas palabras sonaban a burla.

* * *

Sentados a la orilla del río, contemplaban la casa la colina.

Ambos se habían hecho un mutuo relato de sus respectivas peripecias. Cada uno de los dos sabía ya lo que le había pasado al otro.

—Así que, según parece, los extraños están sustituyendo a los auténticos habitantes de Bexley Forks por otros seres de igual figura, pero enteramente distintos en lo mental.

—Justamente, Hal — corroboró Dagmar —. Y si no hubiese habido falta de coordinación entre esas dos mujeres, Hannah no nos habría enviado a visitar a Bill Conrey.

—Estaba enfermo y ella no lo sabía. Me preguntó por qué nos envió a verle —dijo Crommer.

— Por una simple razón: el verdadero Conrey sabía algo acerca de Ricks, que no era conveniente fuese divulgado. La única solución para impedirlo era sustituirlo por un ser de otro mundo, el cual nos hubiese dado las respuestas que ellos hubiesen estimado convenientes.

—Y que no les habrían comprometido en absoluto.

—Justamente, Hal.

—Pero Conrey está aún sin «terminar» — dijo él, pensativamente.

—Y cuando el médico vuelva, lo pondrán también de su lado, sustituyéndolo por un extraño. Su esposa, naturalmente, también habrá de ser sustituida.

—¿Habrá muchos más como ellos en la aldea? — se estremeció Crommer.

—Podríamos saberlo de una forma muy sencilla.

—¿Cómo, Dagmar?

—Disparando dardos narcóticos...

Crommer meneó la cabeza.

—No. En Bexley Forks viven lo menos trescientas cincuenta personas y causaríamos, no sólo una matanza, sino un pánico espantoso, que luego se extendería a gran distancia. Nos guste o no, tenemos que actuar con la mayor discreción, Dagmar.

—Pero también con gran rapidez, Hal.

—Eso es cierto. — Crommer dirigió una mirada a la casa de la colina—. ¿Cree que el doctor Kapyll es uno de ellos?

—No sé qué pensar, Hal —respondió la muchacha—. Me pareció enteramente terrestre, pero, ¿cómo afirmarlo, si la señora Hooker, que no lo es, también lo parece?

Crommer asintió.

—Sí, es verdad — concordó —. El médico — agregó—, regresará dentro de cuatro días. Tenemos tiempo de salvarle. Pero mientras, debemos esforzarnos por resolver este enigma cuanto antes.

—Hal, ¿sabe dónde, a mi entender, está la solución? —dijo Dagmar.

—Hable —pidió el ingeniero.

—La solución está en el diario personal de Sammy Ricks.

Crommer se frotó la mandíbula.

—Una de las dos mujeres dijo que el diario estaba a buen recaudo en la casa de la colina, ¿no es verdad?

—Sí, la «hija» de Bill Conrey.

—No cabe la menor duda. La solución está en el diario, Dagmar. Si pudiéramos apoderarnos de él...

—Por supuesto, el doctor Kapyll no querría entregárnoslo.

—Hay otros medios de conseguir las cosas, Dagmar.

—Una incursión en la casa de la colina, Hal.

—Sí, exactamente.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¿Esta noche, Hal?

—Esta noche, Dagmar.

Callaron un momento. Luego, Dagmar, con acento pensativo, murmuró:

—Me gustaría saber qué es lo que transportaban esos camiones, Hal.

—Se me ha ocurrido una hipótesis —dijo Crommer—. Transportaban artículos manufacturados aquí, sea lo que sea, ya que por ahora no lo sabemos, los cuales después son «exportados» al planeta de donde proceden los extraños.

CAPÍTULO X

Crommer y Dagmar se detuvieron al pie de la colina y contemplaron la casa de la colina, iluminada por los rayos de la luna en menguante.

—¿Listos, Dagmar? —murmuró él.

—Arriba, Hal —contestó la joven resueltamente.

Emprendieron la ascensión. Minutos más tarde alcanzaron la explanada de aterrizaje de las naves extraterrestres.

Crommer se acercó al talud y lo golpeó con el puño.

—Dagmar, aquí, al otro lado, está el hangar donde, durante el día, se esconden las naves extraterrestres. Si pudiéramos encontrar la entrada...

—¿Y por qué no la buscamos? —sugirió ella.

—¿Cómo? —dijo desatentadamente—. Está muy bien disimulada y, además, debe de abrirse y cerrarse por medio de un mecanismo punto menos que perfecto.

—Si no lo buscamos, no lo encontraremos jamás — dijo Dagmar sentenciosamente—. Además, es seguro que el hangar o lo que sea, debe de tener comunicación interna con la casa.

—Por supuesto. No tendría sentido verse obligado a salir fuera del hangar para entrar luego en la casa.

—Resultaría muy incómodo, en efecto —convino la joven. De pronto, sacó su linterna y la encaró contra el talud —. Bien, tal vez encontremos una abertura, una grieta...

El pequeño círculo luminoso se paseó por la pared que parecía de roca no demasiado consistente, aunque tampoco deleznable. Súbitamente se escuchó un ligero chasquido.

Un lienzo de la pared giró a un lado, dejando ver una negra abertura. Dagmar lanzó una exclamación de júbilo.

—¡La entrada, Hal!

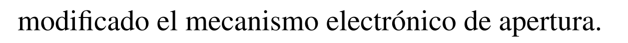
Crommer se quedó absorto.

—Pero por aquí no pueden entrar las naves espaciales...

La abertura tenía las dimensiones justas para permitir el paso de una persona.

—Es una puerta auxiliar —dijo Dagmar.

—Sí, lo comprendo. Y, sin duda, los haces luminosos de su linterna han


modificado el mecanismo electrónico de apertura.

—¿Vamos, Hal?

—Deme la linterna —pidió él—. En esta ocasión, las cortesías sobran; al contrario, el caballero es quien debe ir primero.

Dagmar no se resistió. Crommer cruzó la entrada y ella le siguió en el acto.

A los pocos pasos, se encontraron en una enorme excavación, cuyos límites eran imposibles de fijar a causa de la oscuridad reinante. La escasa potencia de la linterna no permitía que su resplandor llegase hasta el otro lado.

Crommer se volvió. Obrando con lógica, buscó y encontró un interruptor eléctrico.

Al manejarlo, las tinieblas se disiparon en el acto. Dagmar se puso la mano en la boca, admirada por lo que estaba contemplando.

La oquedad medía más de cien metros de diámetro y, en su punto máximo, la bóveda distaba del suelo unos veinticinco. Al fondo, en un lado, divisaron una astronave.

Lentamente, los dos jóvenes se acercaron a la nave. No era muy grande, pues apenas mediría veinte metros de longitud por cuatro o cinco de diámetro. Era de forma cilíndrica y en la parte delantera, extrañamente redondeada, disponía de cuatro lucernas de forma circular.

La puerta de acceso estaba abierta de par en par. Para entrar en la nave era preciso subir por una escalerilla de siete peldaños.

—¿Entramos, Hal? —preguntó ella, con voz emocionada.

Crommer asintió. Resueltamente, Dagmar emprendió la ascensión, seguida por su acompañante.

Llegaron a la cámara de mando. Crommer se quedó mudo de asombro.

Dagmar estaba aturdida.

—¡Dios mío! — murmuró, empezando a comprender parte de la verdad —. ¿Cuántos años hace que se construyó esta nave?

* * *

Crommer estaba sentado en el sillón del piloto.

El interior de la cabina tenía un delicioso aire de antigüedad que le confería un singular atractivo.

Las lucernas tenían cortinillas de terciopelo rojo, con orlas de fleco de oro. Los sillones estaban tapizados en rojo y su forma era la propia del mobiliario de fin del siglo pasado.

El panel de mandos ofrecía asimismo un aspecto de encantador arcaísmo. Los interruptores eran grandes, parecían más palancas de los conmutadores de alto voltaje. Había un par de ruedas de hierro, semejantes a las de los timones de profundidad de un submarino y, sujeto a un recio trípode, había un potente telescopio, en donde, en la plaquita de garantía del fabricante pudieron leer la fecha de su fabricación: 1885. Había también, en una camareta ligeramente separada de la cabina de pilotaje, cuatro camas que eran, en realidad, literas de barco de vapor de la época, con sus correspondientes cortinajes, flecos y demás adornos recargados, propios del tiempo en que habían sido diseñados y construidos.

Dagmar se sentó junto al ingeniero y le miró.

—Hal, ¿podemos creer que esta nave haya salido de la Tierra mucho antes de que en nuestro planeta se empezara a hablar de astronáutica?

Crommer calló todavía unos instantes. Luego dijo:

—Pudiera darse el caso de que Kapyll la construyese con esa intención, y que luego no fuese capaz de alzar el vuelo. Pero, personalmente, me inclino a creer que, en efecto, Kapyll logró salir de la Tierra y llegar... ¿Adónde pudo llegar, Dagmar? Eso es lo que todavía no sabemos.

Dagmar tocó con el índice el cuadro de mandos.

—Y esto —dijo—, es lo que explica la desaparición del diario personal de Sammy Ricks. Hay alguien interesado en que no se divulguen ciertos detalles relacionados con esta astronave.

—¿«Ellos»? —sugirió Crommer.

—Sí, «ellos» —corroboró la joven con voz firme.

—En cambio, lo que no me explico yo es el género de propulsión que emplea esta nave para volar.

—¿No puede verlo en el panel de mandos?

—Tendría que realizar un examen más profundo y, sobre todo, con tranquilidad. Aquí veo varias esferas indicadoras con sus rótulos correspondientes: PRESIÓN, VELOCIDAD, ELEVACIÓN, GRADO E.M.... que no sé lo que significa... y, la verdad, no me atrevo a emitir un dictamen definitivo. Pero cada vez dudo menos de que esta nave no pudiese volar.

Dagmar se puso de pronto en pie.

—Hal —dijo—, recuerde que hemos venido a investigar y, sobre todo, a tratar de recuperar el diario de Ricks.

—Sí, es cierto —convino el ingeniero, incorporándose también—. Vamos a ver si encontramos el acceso a la casa.

Abandonaron el aparato y recorrieron la cueva. De pronto, Dagmar divisó la instalación de un gran montacargas.

—Fíjese, Hal; por aquí bajaban los bultos que les enviaba la «Intrex».

—Algunos debían de ser muy pesados, en efecto. Pero si es posible, no me gustaría usar este aparato. El mecanismo de elevación está arriba y, aunque poco, haría el suficiente ruido para delatarnos.

—No será necesario —exclamó ella triunfalmente —. Venga conmigo, Hal.

Unos metros más allá, se abría un hueco en la pared rocosa. Al cruzarlo, vieron una escalera de caracol, metálica, insertada en un hueco de forma cilíndrica, excavado en el seno de la colina.

Antes de entrar, Crommer volvió la vista.

Al fondo se divisaba una enorme pared enteramente metálica. El otro lado era un falso talud de roca. Por allí entraban y salían las astronaves que iban y venían de un mundo remotísimo.

Dagmar había iniciado ya la ascensión. Crommer la siguió.

Momentos después, llegaban a un rellano situado a unos veinticinco metros sobre el nivel del suelo de la caverna. Había una puerta metálica pero no estaba cerrada con llave.

Al otro lado de la puerta divisaron un túnel en rampa de relativa pendiente. Tras algunos segundos de vacilación, reanudaron la marcha.

* * *

El doctor Kapyll dormía apaciblemente, con la cabeza apoyada en el respaldo de su sillón. Detrás de él y a su izquierda, una puerta se había entreabierto silenciosamente.

Dos cabezas asomaron. Crommer y Dagmar examinaron con toda atención el interior de la estancia.

Era la misma en que Dagmar había estado tiempo atrás. Sin embargo, el doctor Kapyll había trocado su sillón frailuno por otro de asiento y respaldo más cómodos.

A su derecha tenía una mesita. Encima de la misma se divisaba un libro de tapas de cuero, cerrado, con una tira de cartulina hacia su centro, lo que indicaba el punto en que había sido interrumpida la lectura.

Crommer y Dagmar intercambiaron una mirada. Ella hizo un signo de asentimiento.

El joven abrió un poco más la puerta. Luego, con infinitas precauciones, caminando de puntillas, entró en el despacho, llegó a la mesita y se apoderó del libro.

Retrocedió cuatro pasos. Una simple ojeada le bastó para comprobar que, en efecto, se trataba del diario de Sammy Ricks.

De pronto, se le ocurrió una idea. Había cerca de él una estantería con libros. Al cabo de unos segundos, encontró uno de aspecto parecido al diario. Sacó la tira de cartulina y la puso en el segundo libro, que dejó boca abajo en la mesita.

Era probable, calculó, que Kapyll no siguiera su lectura al despertar. Tardaría así, se dijo, más tiempo en advertir la desaparición del diario.

Dagmar le aguardaba con ansiedad. El ingeniero retrocedió y atravesó la puerta en sentido inverso.

Cuando se disponían a cerrar, oyeron voces en la antecámara. Kapyll se despertó, se frotó los ojos y miró a su alrededor.

La puerta de entrada al despacho se abrió bruscamente. Dos personas, una mujer de avanzada edad, y un hombre, entraron en la estancia.

—Groiry —dijo la mujer—, yo no quería que te molestasen, pero...

Kapyll sonrió benignamente.

—No te preocupes, querida — contestó —, no tiene ninguna importancia. Anda, ve y déjanos solos, por favor.

—Como tú digas, cariño. — La señora Kapyll lanzó al recién llegado una mirada de desprecio—. A veces me pregunto si el encontrarnos con ustedes no fue una gran desgracia, en lugar de los beneficios que alegan habernos proporcionado.

El señor Wodson se encogió de hombros.

—Cuestión de matices, señora Kapyll — contestó.

La mujer era muy anciana. Como su esposo, tenía el pelo completamente blanco y la cara llena de arrugas. Hizo un gesto con ambas manos y dijo:

—Cuando nos conocieron, yo tenía otra cara y otra figura, muy distinta de las actuales. La verdad, para vivir así, más les valdría habernos dejado morir en paz.

—Señora —contestó Wodson pacientemente—, ya conoce usted el remedio. Si ni usted ni su marido han querido aceptarlo, ¿es nuestra la culpa?

—Anda, Mary, por favor —dijo el doctor—, sal y déjanos solos. Estoy seguro de que el señor Wodson no quiere causarnos ningún daño. ¿No es verdad, señor Wodson?

—De eso puede estar seguro, doctor — contestó el aludido, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas—. Pero en cambio, tendrá que permitirme que le exprese nuestro enojo por las cosas que están sucediendo en Bexley Forks. Ah, y otra cosa..., ¿dónde está el diario de Sammy Ricks?

La mano de Kapyll se apoyó sobre el libro.

—Aquí, en esta mesa —contestó—. Yo lo he releído para evocar acontecimientos que sucedieron hace noventa años.

CAPÍTULO XI

Wodson se acercó a la mesa impulsivamente y agarró el libro sin mirarlo siquiera.

—Ese diario debió de haber sido destruido desde un principio —exclamó irritado.

Miró a su alrededor y divisó una gran chimenea, apagada debido a la estación. Acercándose a ella, se acuclilló, colocó el libro parcialmente abierto, en forma de tejadillo, sujeto en equilibrio por la reciedumbre de sus tapas, y aplicó un fósforo encendido a sus hojas.

El libro comenzó a arder de inmediato. Wodson permaneció todavía unos segundos junto a la chimenea, hasta que vio que las llamas habían prendido bien. Luego, satisfecho, regresó junto al doctor Kapyll.

—Tenía que haberlo hecho usted mucho antes — dijo torvamente.

—Se nota que no ha nacido en la Tierra —contestó Kapyll—. Usted carece de sensibilidad...

Wodson se encogió de hombros.

—Es una palabra vana —dijo con indiferencia—. Ser sensible no conduce a nada. Pero hablemos del asunto que interesa, doctor.

—Como quiera, señor Wodson.

—Hay un tipo entrometido que está molestándonos mucho. Supongo que se imagina el nombre de la persona a quien me refiero.

—Sí. ¿Qué sucede? —preguntó Kapyll.

—Fue a Nueva York, al local de la «Intrex», y estuvo haciéndome preguntas acerca de los camiones que traen aquí los materiales. Desafortunadamente, cometí un pequeño error y el ingeniero Crommer se dio cuenta de que yo no soy terrestre. Naturalmente, me vi obligado a encerrarlo.

—Lo siento por ese pobre muchacho. No le he visto todavía, pero me es simpático.

Dagmar y Crommer se miraron en silencio. Estaban al otro lado de la puerta, que no había quedado cerrada del todo. Ello les permitía escuchar con toda facilidad cuanto se hablaba en el despacho de Kapyll.

Wodson soltó un bufido.

—¡Simpático! Yo opino todo lo contrario. Lo encerré, porque tenía que pedir instrucciones, acerca de lo que había de hacerse con él, pero consiguió escapar. En estos momentos, estoy seguro de que ha vuelto al pueblo.

—¿Y por qué no le busca? —preguntó Kapyll con toda lógica.

Wodson se sentía incómodo.

—No he recibido aún esas instrucciones —contestó—. Mientras nos sea posible, debemos evitar la violencia. Cualquier acción violenta podría comprometer gravemente la labor de tantos años.

—¡Pues sí que es usted un representante general con atribuciones! — dijo Kapyll sarcásticamente.

Wodson se enojó.

—Cumplo mi deber lo mejor que puedo, doctor — respondió.

—Eso no me lo diga a mí, sino a sus... autoridades. Demasiado sabe cuál es mi papel en este malhadado asunto.

—No lo llame malhadado —protestó Wodson—. Usted ha obtenido buenos beneficios, ¿no?

Una mueca de amargura curvó los labios del doctor.

—Sí, vivir un tiempo extra sin desearlo — repuso.

—Ya conoce el procedimiento para cambiar de figura. ¿Por qué no lo acepta?

Kapyll se irguió en el sillón. Sus ojos, ordinariamente mortecinos, brillaban ahora con fulgor singular.

—Usted no lo entendería —exclamó—. Antes le hablé de sensibilidad. Añada ahora la palabra decencia... y si desconoce su significado, consúltelo en el diccionario.

—Para nosotros, eso no sirve —refunfuñó Wodson—. Bastante hacemos con no tomar represalias contra esa pareja. Pero si insisten en provocarnos, tendremos que adoptar una decisión definitiva con respecto a ellos.

—Usted ha venido a protestarme como si yo fuese el causante de la situación — dijo Kapyll.

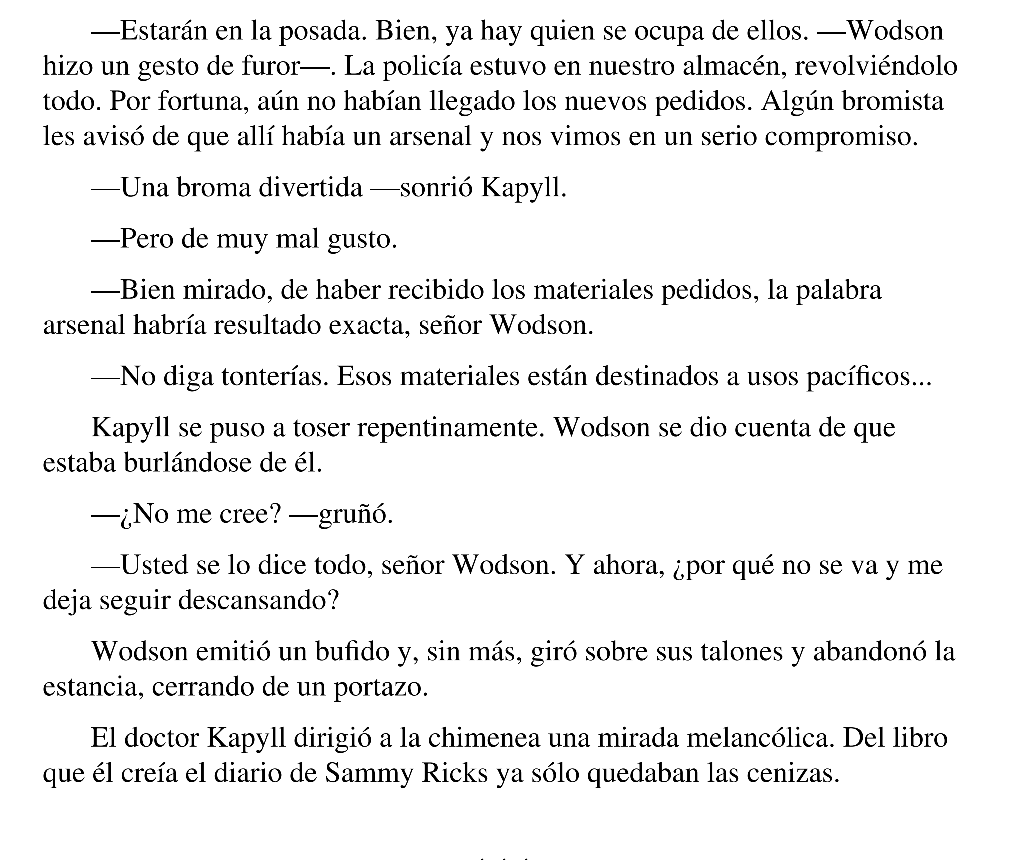
Wodson hizo una mueca.

—Bueno, también he venido a advertirle de que pronto enviaremos cuatro camiones cargados en dos tantas. Los pedidos serán servidos pronto. Usted, como de costumbre, se encargará de recibir la carga.

—¿Algo más, señor Wodson?

—No, eso es todo... Espere. ¿Ha venido la pareja a visitarle?

—Sólo vino ella. A él no le conozco personalmente. En cuanto a la chica, no ha vuelto.



—Estarán en la posada. Bien, ya hay quien se ocupa de ellos. —Wodson hizo un gesto de furor—. La policía estuvo en nuestro almacén, revolviéndolo todo. Por fortuna, aún no habían llegado los nuevos pedidos. Algún bromista les avisó de que allí había un arsenal y nos vimos en un serio compromiso.

—Una broma divertida —sonrió Kapyll.

—Pero de muy mal gusto.

—Bien mirado, de haber recibido los materiales pedidos, la palabra arsenal habría resultado exacta, señor Wodson.

—No diga tonterías. Esos materiales están destinados a usos pacíficos...

Kapyll se puso a toser repentinamente. Wodson se dio cuenta de que estaba burlándose de él.

—¿No me cree? —gruñó.

—Usted se lo dice todo, señor Wodson. Y ahora, ¿por qué no se va y me deja seguir descansando?

Wodson emitió un bufido y, sin más, giró sobre sus talones y abandonó la estancia, cerrando de un portazo.

El doctor Kapyll dirigió a la chimenea una mirada melancólica. Del libro que él creía el diario de Sammy Ricks ya sólo quedaban las cenizas.

* * *

A punto de salir de la caverna, Dagmar preguntó:

—¿Por qué no me ha dejado que hablase con el doctor Kapyll?

—Verá — contestó el ingeniero, apretando el diario bajo el brazo—, antes de hacer nada en tal sentido, quiero conocer lo que escribió Sammy Ricks. Y a usted también le conviene, me parece.

—Es posible que tenga razón — asintió —. ¿Y después?

Crommer sonrió.

—Le encomendaré una misión específicamente adecuada a su sensibilidad femenina —respondió.

—¿Y consistirá en...?

— Entrevistarse con la señora Kapyll. He podido darme cuenta de que ama mucho a su marido.

—Sí, es cierto...

—Cuando hable con ella, debe hacerlo conociendo el contenido del

diario. Eso le ayudará mucho.

—Desde luego. —Dagmar sonrió—. Tuvo usted una idea magnífica al dejar otro libro en lugar del diario.

—Era un modo de ganar tiempo, porque casi tenía la seguridad de que el doctor Kapyll no reanudaría la lectura de inmediato, una vez despertase. Lo que no me imaginé, sin embargo, es que aparecería Wodson tan inesperadamente.

Dagmar se estremeció.

—Habló de la posada —dijo—. ¿Se alojará allí?

—Pronto tendremos ocasión de salir de dudas. ¿Regresamos?

La noche estaba ya muy avanzada cuando llegaron a la posada. Crommer aconsejó a la muchacha que se echara a dormir un rato.

—Yo vigilaré y, al mismo tiempo, leeré el diario. Después invertiremos los papeles.

—Entendido. Procure averiguar si Wodson ha tomado habitación aquí.

—No lo creo, porque no he visto ningún automóvil en la puerta. También han podido traerlo y su conductor regresar a Nueva York, pero eso no parece probable. Estoy casi seguro de que, a fin de no encontrarse con nosotros, se esconde en alguna parte.

—Yo también lo creo así. Bien, Hal, hasta luego. Ya tengo ganas de conocer el contenido del diario — dijo ella sonriendo.

—Dentro de unas horas, habrá satisfecho su curiosidad — contestó el ingeniero.

* * *

Wodson no se alojaba en la posada.

Crommer pudo comprobarlo a mediodía. Ya había leído el diario y dormido tres o cuatro horas. Dagmar estaba ahora en su habitación, entregada a la lectura. La señora Booker actuaba con perfecta naturalidad.

Dagmar bajó al comedor poco después.

Sus ojos brillaban extrañamente.

—Ha resultado algo fascinador —murmuró, al sentarse frente al ingeniero.

Crommer asintió.

—Lo mismo me pasó a mí — contestó —. ¡Cuidado, viene la sopa!

Hannah les sirvió con su amabilidad acostumbrada. Crommer se preguntó si la posadera conocería el paradero de Wodson.

—Después de almorzar — dijo Crommer —, nos iremos de paseo a la orilla del río.

—Está bien, Hal —aprobó Dagmar, comprendiendo el significado de aquella propuesta.

Había otros huéspedes en la posada, aunque a ellos les parecieron gente de paso. Terminado el almuerzo, se pusieron en pie y abandonaron la casa.

Hasta que no estuvieron cerca del río, no mencionaron el tema que tanto les llamaba la atención.

Dagmar dijo:

—Hal, ¿se ha dado usted cuenta de que el doctor Kapyll consiguió construir, y hacer funcionar una nave, nada menos que en mil ochocientos noventa?

—Sí, el diario lo revela sin lugar a dudas. Y Sammy Ricks y Bill Conrey fueron sus dos fieles ayudantes.

Dagmar se estremeció.

—Estamos en mil novecientos ochenta. Por tanto, hace noventa años que se realizó aquel viaje. ¿Cuál es la edad del doctor?

—El diario no lo indica. Sólo menciona la edad de su autor: en aquella época, Sammy tenía cuarenta años.

—Lo que significa que, al morir, contaba ciento treinta.

—El doctor debe de tener algunos más — opinó Crommer—. Es de suponer que fuese algo mayor que sus ayudantes, pero, en todo caso, es un detalle que importa poco.

—¿Usted cree? Ahora, Kapyll debe de tener ciento cuarenta, por lo menos. Su esposa debe de ser más joven...

—Pero se quejaban. ¿Lo recuerda?

—Sí, Hal. ¿Se quejaba de seguir viviendo?

—Los dos —dijo Crommer—. ¿Por qué?

Dagmar guardó silencio un momento.

—Tendré que ir a averiguarlo en persona.

Crommer dirigió su vista hacia la casa de la colina.

—Todavía tiene bastantes horas de luz — manifestó—. Vaya allí cuanto

antes.

—¿Y usted?

—Primero la acompañaré hasta el lindero del bosque. Luego me volveré a la posada. Allí la esperaré, Dagmar.

—De acuerdo, Hal.

CAPÍTULO XII

Con el corazón palpitante por una mal contenida emoción, Dagmar llamó a la puerta y esperó.

Momentos después, notó que alguien la miraba desde el otro lado. Una voz espesa, lenta, casi gutural, preguntó:

—¿Qué desea usted, señorita?

—Soy Dagmar Gannet —contestó ella—. Tenga la bondad de anunciarme a la señora Kapyll.

—Espere un momento; iré a ver si puede recibirla, señorita Gannet.

La mirilla se cerró de nuevo. Dagmar taconeó impaciente.

Al cabo de un minuto se abrió la puerta. Dagmar retrocedió un paso instintivamente. Sus ojos se desorbitaron por el asombro.

—¡Branlo! — exclamó.

El gigante emitió una ligera sonrisa.

—No, señorita. Me llamo Barnlo. Cuestión de cambiar una letra de sitio solamente. Pero somos muy parecidos, ciertamente.

Dagmar estaba atónita.

—Hubiera jurado que era el mismo —murmuró.

—Branlo está de viaje ahora —contestó Barnlo—. Por favor, la señora Kapyll la espera a usted en su saloncito privado.

—Gracias, Barnlo.

Dagmar avanzó resueltamente a través del vestíbulo. Precedida por el gigante, llegó ante una puerta, que el propio Barnlo abrió sin más demora.

—Señora, la señorita Gannet — anunció con cierta prosopopeya.

La esposa del doctor estaba sentada en un sillón junto a la ventana. Miró a Dagmar y sonrió.

—Pase, muchacha —invitó—. Barnlo, déjenos solas.

—Sí, señora.

La puerta se cerró a espaldas de Dagmar. Avanzó unos pasos y se sentó en un sillón situado frente al de la anciana.

Durante unos segundos, las dos mujeres se contemplaron mutuamente. Mary Kapyll sonreía con dulzura.

—Es usted muy bonita —dijo al cabo—. Se parece a mí cuando yo tenía

su edad, pero me gana, señorita Gannet.

—Es usted muy amable, señora — sonrió la muchacha—. Temo haber venido a turbar su retiro...

—Nada de eso —contestó la anciana—. Tenemos aquí tan pocos motivos de distracción... Y, dígame, ¿qué es lo que la ha traído de nuevo a mi casa? Temo que la otra vez me porté un tanto desconsideradamente con usted, por lo que la suplico se sirve excusarme. Aquel día estaba un tanto nerviosa y...

—No se preocupe, señora —dijo Dagmar—. El asunto que me ha traído aquí está relacionado con determinados acontecimientos que se han producido en las últimas semanas.

Los azules ojos de Mary Kapyll se oscurecieron un momento.

—¿Qué sabe usted al respecto? —preguntó.

—Muchas cosas, pero hay otras que desearía me aclarase usted, señora — contestó Dagmar.

—Mi esposo y yo estamos obligados a guardar el secreto.

—¿Después de lo que hemos conseguido averiguar?

—Y, ¿qué han logrado averiguar, señorita?

—Sencillamente, la existencia en Bexley Forks de numerosos seres de un mundo distinto al nuestro.

La señora Kapyll asintió.

—Es cierto — murmuró —. ¿Por qué se le ocurriría a mi marido construir aquel artefacto?

—Era su pasión e hizo bien en tratar de satisfacerla. Y usted confiaba tanto en él, que incluso le acompañó en su primer viaje interplanetario, además de Sammy Ricks y Bill Conrey.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó la anciana, sorprendida —. Es uno de los secretos mejor guardados...

Dagmar sonrió.

—No estaba tan bien guardado como creían — dijo.

—Fuera de esta casa, el único indicio del viaje era el diario del pobre Sammy. Anoche fue a parar al fuego.

—Se equivoca, señora. Ese diario está bien guardado. El libro que ardió era muy distinto.

La anciana parecía estupefacta.

—¡Pero, muchacha! ¿Cómo puede...?

—Tengo motivos para afirmarlo, señora Kapyll — dijo Dagmar —. Y en el momento adecuado, devolveré el diario de Sammy Ricks. Ahora, dígame, ¿es cierto que acompañó a su esposo en el viaje?

—Sí — contestó Mary Kapyll con voz firme —. Viajé con él.

—¿Y qué?

La mirada de la anciana se tornó ensoñadora.

—Fue una experiencia maravillosa, inolvidable. Yo era entonces bastante joven; tenía... tengo dieciséis años menos que mi esposo. Él tenía cuarenta y cinco en aquella época. Fue como una especie de segunda luna de miel, aunque, claro con la compañía de los dos ayudantes...

»El viaje duró tan sólo algunas semanas y apenas conseguimos pasar de la órbita de Marte. Tampoco Groiry pretendía más por el momento; era sólo una prueba; el motor electromagnético que él había ideado funcionaba a la perfección. Sin embargo, era poco potente y empezó a diseñar uno mayor.

»Entonces fue cuando esos seres nos sorprendieron en medio del espacio.

—¿Y les obligaron a regresar a la Tierra?

—Sí, en efecto.

—¿Qué alegaron?

Mary Kapyll miró fijamente a la muchacha.

—Alegaban, y alegan todavía, que ellos son los dueños de este espacio y que nadie más puede ni debe viajar fuera de los límites de su planeta propio. Por tanto, nos hicieron volver a la Tierra... y aquí estamos desde hace noventa largos años.

* * *

Un coche se detuvo frente a la posada y dos hombres se apearon del mismo.

Desde la ventana de su cuarto, convenientemente oculto tras unos visillos, Hay Crommer reconoció en el acto a los recién llegados.

Uno de ellos era Wodson, el sedicente director de la «Intrex». El otro era uno de los sujetos que le habían mantenido en su encierro, precisamente el mismo que le había liberado de aquel espacio extraño y sin fin.

Wodson y su acompañante entraron en la posada. Era evidente que acudían a entrevistarse con Hannah Booker.

Crommer reflexionó unos momentos. Al fin, decidiéndose, abandonó su

observatorio y se acercó a la puerta.

Abrió una rendija. La posadera y sus visitantes llegaban al pasillo en aquellos momentos.

Crommer esperó a que hubiesen entrado en la habitación de Hannah. Luego, salió al pasillo y corrió hacia aquella puerta.

Aplicó el oído. Hannah hablaba en aquellos momentos:

—Les subiré una taza de té...

—No necesitamos beber esa asquerosidad — refunfuñó Wodson—. Al grano, al grano, Hannah.

—Tendrán que esperar —dijo ella con firmeza—. No beban el té si no les gusta, pero dejen que lo suba; así, los otros huéspedes no recelarán.

Crommer maldijo entre dientes de la oficiosidad de la posadera. Al lado había otra puerta y saltó hacia ella, ya que no tenía tiempo de llegar a su cuarto.

Cerró la puerta justo cuando salía Hannah Booker. Tendría que esperar para que subiera con el té, para intentar escuchar algo.

De pronto, oyó la voz de Wodson, casi con tanta claridad como si estuviese en la misma habitación.

—Rebor, hoy mismo tiene que estar terminado este maldito asunto.

—Sí, señor.

Crommer se quedó atónito. ¿De dónde salía aquella voz?

Miró a su alrededor. Wodson continuó:

—Esa pareja nos han causado ya demasiadas molestias. Aún no he recibido respuesta, pero por las facultades que me fueron conferidas, deberé romper la regla de no violencia y actuar contra ellos.

Crommer fijó la vista en la chimenea. Pisando con infinito cuidado, se arrodilló, metió parte del cuerpo en el hogar y miró hacia arriba.

—Está bien, señor Wodson — dijo Rebor —. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Hannah nos sugerirá alguna idea, descuida.

El ingeniero comprendió.

Había otra chimenea en la habitación de la posadera. A cierta altura, los dos cañones se confundían en uno solo. Por tanto, los sonidos entraban por la chimenea de Hannah y llegaban a la suya, que hacía de amplificador.

«Que Dios bendiga al constructor de esta posada y a su elevado sentido de la economía», pensó Crommer divertidamente. Casi se podía decir que eran

dos chimeneas en una; y de no haber sido así, no habría podido escuchar lo que se decía en la habitación contigua.

Pasaron algunos minutos. Hannah regresó.

—Aquí está el té — anunció.

—Deje esa porquería en otra parte —gruñó Wodson—. ¿Dónde está la pareja?

—En sus habitaciones, presumo.

—Muy bien. Tenemos que quitarlos de en medio, Hannah. ¿Qué nos sugiere usted?

—Ella es escritora y periodista. Su desaparición podría provocar una investigación.

—¿Y el ingeniero?

—Está de vacaciones. Sus ropas, halladas a la orilla del río, podrían señalar la hipótesis de un accidente mortal.

—¿Y quién lo lanzará al agua?

Hubo un momento de silencio.

—Ninguno de nosotros nos atreveríamos, es obvio — dijo Wodson—. Además, él se resistiría.

—Podríamos emplear a Barnlo. Él obedecería — apuntó Hannah.

—Cuando encontrasen el cadáver, se advertirían señales de violencia. Descarta la idea, Hannah.

La posadera suspiró.

—Entonces, no hay más que un método: el mismo para ambos — dijo.

—¿Sustituirlos?

—En efecto.

—Será lo mejor —aprobó Wodson—. ¿Se encargará usted?

—Desde luego.

—Corre prisa. ¿Cuándo empezará?

—Esta noche les daré la primera dosis. Mientras, encargaré la construcción de sus dobles.

—¿Cuánto tardarán en estar listos?

—No menos de una semana. Es preciso tener en cuenta el período de transfusión de conocimientos y memoria.

—Está bien, una semana, pero ni un día más. Nuestras operaciones han sido perturbadas y es preciso que recobremos muy pronto el ritmo normal.

—Estamos consiguiéndolo —afirmó Hannah—. Ya hay muchas personas «dobladas» en el pueblo. El médico será la siguiente. Su esposa también, por supuesto.

—Perfectamente, no se hable más, Hannah. Informe de modo constante del desarrollo de esta operación.

—Sí, señor Wodson.

—Vamos, Rebor.

—¿Puedo saber si volverá, señor Wodson? —preguntó Hannah.

—Sí. Esta misma noche. Quiero echar un vistazo al laboratorio de duplicación. Nada más, Hannah.

—Adiós, señor Wodson.

Los dos hombres abandonaron la estancia. Crommer se preguntó si sería conveniente sorprender a la posadera.

Por el momento, se dijo, era más conveniente esperar. Le convenía conocer el resultado de la entrevista de Dagmar con la señora Kapyll.

CAPÍTULO XIII

—Eran astutos — dijo la señora Kapyll —. Supieron halagar nuestra vanidad, prometiéndonos una existencia mucho más larga de lo común. ¿Quién no hubiera aceptado colaborar con ellos después de escuchar semejante promesa?

Dagmar asintió.

—Continúe, por favor, señora Kapyll.

—Regresamos. Groiry y yo no somos de aquí. Ellos nos encomendaron buscar un lugar adecuado para establecer su base. Al cabo de un tiempo, vinimos a Bexley Forks y compramos la casa de la colina. Ellos nos facilitaron los medios mecánicos para construir la caverna y demás instalaciones.

»Los años pasaban y observamos que envejecíamos. Pero sólo era en el aspecto externo. Interiormente, nos sentíamos fuertes, carecíamos de dolencias y nuestra salud era magnífica... lo sigue siendo. Fue un engaño a medias — dijo la anciana con voz dolida.

—¿A medias?

—Sí. Nos prolongaron la vida, pero no la figura que teníamos en aquella época. Yo también era muy hermosa, querida muchacha; y Groiry, a pesar de sus cuarenta y cinco años, era un hombre apuesto y arrogante. En eso consiste el engaño.

—Comprendo, señora Kapyll.

—Cuando la caverna estuvo construida, vino una nave. Su comandante nos dio instrucciones. Aquí, en el planeta, se fabrican determinados elementos de que ellos carecen, no porque no puedan construirlos, sino porque la atmósfera de su planeta no favorece la aleación que se necesita para esos aparatos. Se hicieron unas cuantas pruebas y dieron resultado.

—¿Para qué sirven esos aparatos? —preguntó Dagmar.

—Yo no entiendo mucho de cosas científicas, aunque creo que se trata de instrumentos que mejoran el funcionamiento de sus astronaves. Periódicamente, llega una de ellas y se lleva los instrumentos construidos.

—Pero la fábrica...

Mary Kapyll sonrió.

—Las fábricas, diga mejor, señorita; y la mayor parte del personal de importancia está formado por seres extraterrestres, lo que hace que nadie se preocupe del destino que se da a los artefactos allí construidos. Claro que también hacen otros que se venden aquí; así disimulan mejor.

»Pero de cuando en cuando envían expediciones a la central de recepción en Nueva York. Aunque el encargado de enviar el material sea terrestre, ¿cómo puede sospechar nada si el envío se hace en vehículos terrestres y a una agencia de transportes también terrestre?

—Comprendo —dijo Dagmar—. Un medio muy astuto de borrar huellas.

—Justamente. Y así seguirán hasta que...

La voz de la anciana se apagó de pronto.

Dagmar respetó su silencio.

Al cabo de unos instantes, Mary dijo:

—Me siento muy cansada. He vivido ya demasiados años, muchacha. Y es más, creo que estaría también cansada aunque me hubiesen dejado mi figura de entonces. Resulta agradable saber que se va a vivir mucho más tiempo del corriente, pero inevitablemente llega un tiempo en que la fatiga invade el espíritu y se desea el descanso definitivo.

Dagmar se sentía conmovida. La anciana la miró y sonrió:

—No es correcto decir la propia edad, pero yo tengo ya ciento veintinueve años. Con una cara y un tipo como los tuyos, todavía podría resistir algunos años más..., pero acabaría cansada de la existencia. He vivido lo que me ha tocado vivir y es suficiente.

—Sí, señora Kapyll.

— Pero a ellos les interesa mantenernos con vida. Somos una institución en Bexley Forks. No nos tienen demasiada simpatía; dicen que mi esposo ha hecho un pacto con el diablo..., pero nos respetan, y eso sirve de algo.

—Desde luego.

—A «ellos» no les interesa invadir ni dominar nuestro planeta. Lo único que pretenden, simplemente, es impedir que los hombres de la Tierra salgan al espacio.

* * *

— De modo que eso es lo que pretenden los extraños — dijo Crommer, tras haber escuchado el relato de Dagmar que le hizo de su conversación con la señora Kapyll.

—Así es, en efecto.

—¡Pero ya hace algunos años que el hombre ha llegado a la Luna! — exclamó el joven.

—Sí, ¿y cuándo alcanzará Marte? Ahora empieza a hablarse de la primera expedición, pero ni siquiera se sabe cuándo estará lista la nave que habrá de transportar a los astronautas.

Crommer asintió.

—Y un día, inevitablemente, el hombre alcanzará las estrellas —dijo.

—Eso es, precisamente, lo que ellos quieren evitar. Aquí está, anclada, la nave del doctor Kapyll. Construida hace noventa años, en muy pocas semanas llegó a Marte. ¿Qué nave, hoy, sería capaz de volar por el espacio con semejante celeridad?

—Ninguna — reconoció el ingeniero. Y lo más maravilloso de todo es que no emplea motor que expulse gases, como en nuestras naves actuales.

—Es motor electromagnético. ¿Qué significa eso, Hal?

—No lo sé exactamente. Probablemente, una forma de anular el campo de gravedad... Ahora comprendo el significado del rótulo de aquel indicador: GRADO E.M. significa «grado electromagnético», probablemente, la intensidad del campo de atracción o repulsión, según se intentase partir o regresar a la Tierra o a cualquier otro astro.

—Y ellos —dijo Dagmar sombríamente—, le impidieron divulgar su descubrimiento.

—No les convenía, claro.

—Pero en aquella época nadie pensaba en la astronáutica. Hoy, sin embargo, es ya diferente, Hal.

—Sí, aunque son pocos los que han salido de la Tierra, ahora ya nadie tacha de chiflados ni dementes a los que mencionan este tema. Hace noventa años, tal vez Kapyll habría tenido que luchar con la indiferencia general y hasta es posible que hubiese fracasado.

Los ojos de la joven se iluminaron de pronto.

—Hal, ¿qué sucedería si el descubrimiento del doctor se hiciese público de repente?

—Provocaría una conmoción universal, esto es indudable. Luego se producirían efectos secundarios: abandono de proyectos ya en marcha, un nuevo replanteo de la ciencia astronáutica... y hasta la ruina de más de una empresa dedicada a la fabricación de elementos para astronaves que no tendrían aplicación en las que usasen la propulsión Kapyll.

—Pero el progreso no se puede detener, Hal — dijo Dagmar.

—No, es inevitable. Perdón — corrigió él —; en realidad, el progreso, al menos en una de sus facetas, ha estado detenido durante casi un siglo.

—Eso se ha acabado ya —exclamó la joven impetuosamente.

—¿Usted cree? Todavía no ha contado con el plato especia] que nos va a servir esta noche la simpática señora Booker.

Dagmar se quedó parada.

—¿Qué es lo que quiere decir, Hal? —preguntó.

—Le contaré lo que he logrado averiguar — respondió él—. Escuche...

* * *

Llamaron a la puerta. Crommer hizo una señal y Dagmar se escondió tras las cortinas de la ventana.

El joven abrió. La posadera entró, empujando un carrito con la cena.

—Me pasaron su aviso de que no se encontraba muy bien — dijo.

—Estoy un poco resfriado, señora Booker —mintió Crommer—. Deje ahí la cena, por favor.

—Como guste. Procure que no se le enfríe la sopa — aconsejó la posadera.

—Desde luego. ¿Ha visto a la señorita Gannet?

—No. Supongo que bajará en seguida al comedor. ¿Quiere que le diga algo?

—¿Va a darle también sopa, como a mí?

Hannah miró al joven con cara recelosa.

—No entiendo —dijo.

Crommer cruzó la estancia, cerró la puerta y se echó la llave al bolsillo.

—Siéntese, señora — ordenó.

Hannah apretó los labios.

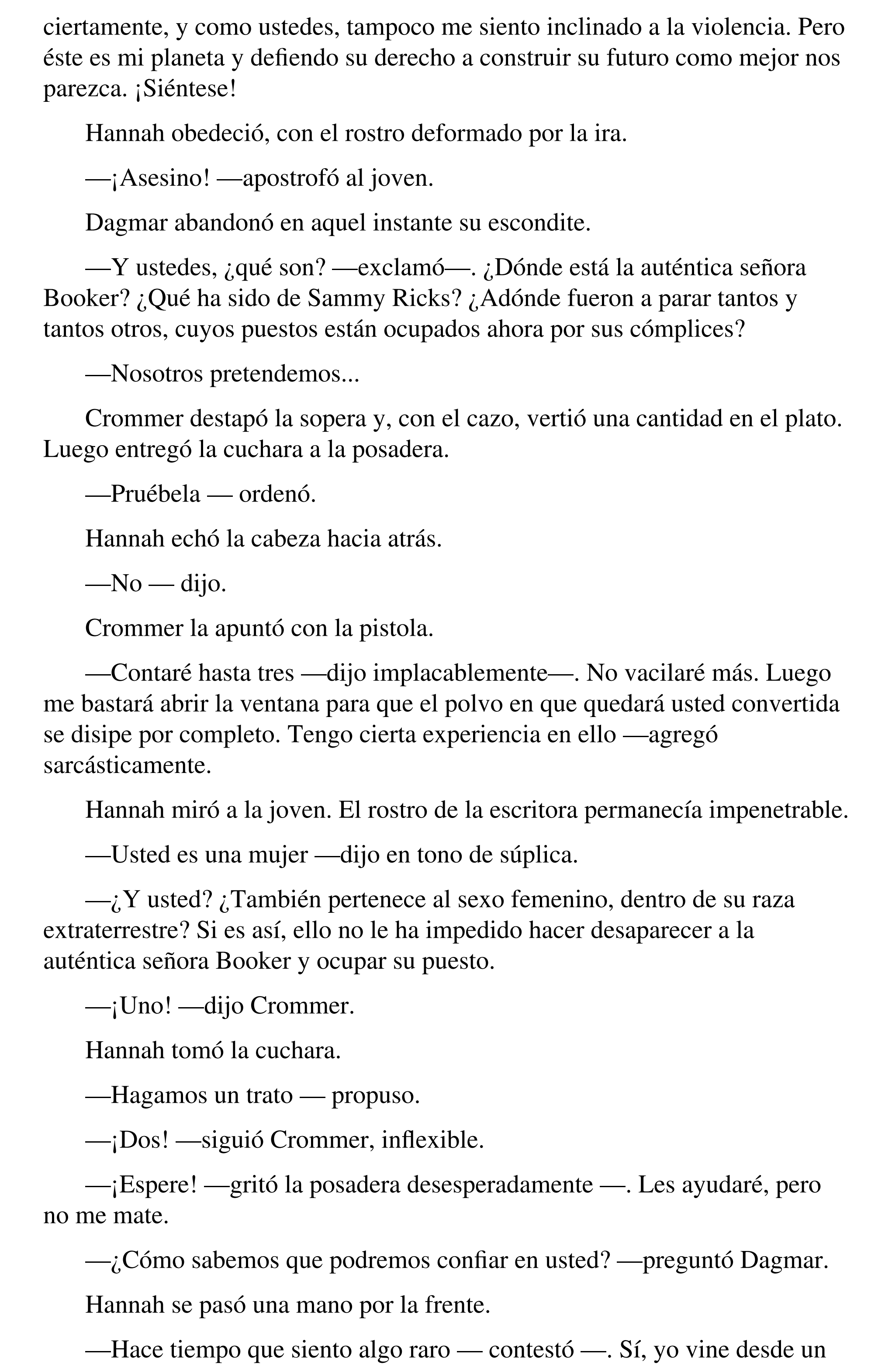
—¿Se trata de una broma? —preguntó.

—Quizá no le ocurra nada, pero deseo que pruebe la sopa antes que yo. Usted la ha preparado, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Acaso sospecha que está envenenada? ¡Eso es una absurda calumnia! —protestó la posadera indignadamente.

Crommer sacó la pistola.

—Señora, con esta arma maté a Branlo —dijo—. No lo hice a gusto,


ciertamente, y como ustedes, tampoco me siento inclinado a la violencia. Pero éste es mi planeta y defiendo su derecho a construir su futuro como mejor nos parezca. ¡Siéntese!

Hannah obedeció, con el rostro deformado por la ira.

—¡Asesino! —apostrofó al joven.

Dagmar abandonó en aquel instante su escondite.

—Y ustedes, ¿qué son? —exclamó—. ¿Dónde está la auténtica señora Booker? ¿Qué ha sido de Sammy Ricks? ¿Adónde fueron a parar tantos y tantos otros, cuyos puestos están ocupados ahora por sus cómplices?

—Nosotros pretendemos...

Crommer destapó la sopera y, con el cazo, vertió una cantidad en el plato. Luego entregó la cuchara a la posadera.

—Pruébela — ordenó.

Hannah echó la cabeza hacia atrás.

—No — dijo.

Crommer la apuntó con la pistola.

—Contaré hasta tres —dijo implacablemente—. No vacilaré más. Luego me bastará abrir la ventana para que el polvo en que quedará usted convertida se disipe por completo. Tengo cierta experiencia en ello —agregó sarcásticamente.

Hannah miró a la joven. El rostro de la escritora permanecía impenetrable.

—Usted es una mujer —dijo en tono de súplica.

—¿Y usted? ¿También pertenece al sexo femenino, dentro de su raza extraterrestre? Si es así, ello no le ha impedido hacer desaparecer a la auténtica señora Booker y ocupar su puesto.

—¡Uno! —dijo Crommer.

Hannah tomó la cuchara.

—Hagamos un trato — propuso.

—¡Dos! —siguió Crommer, inflexible.

—¡Espere! —gritó la posadera desesperadamente —. Les ayudaré, pero no me mate.

—¿Cómo sabemos que podremos confiar en usted? —preguntó Dagmar.

Hannah se pasó una mano por la frente.

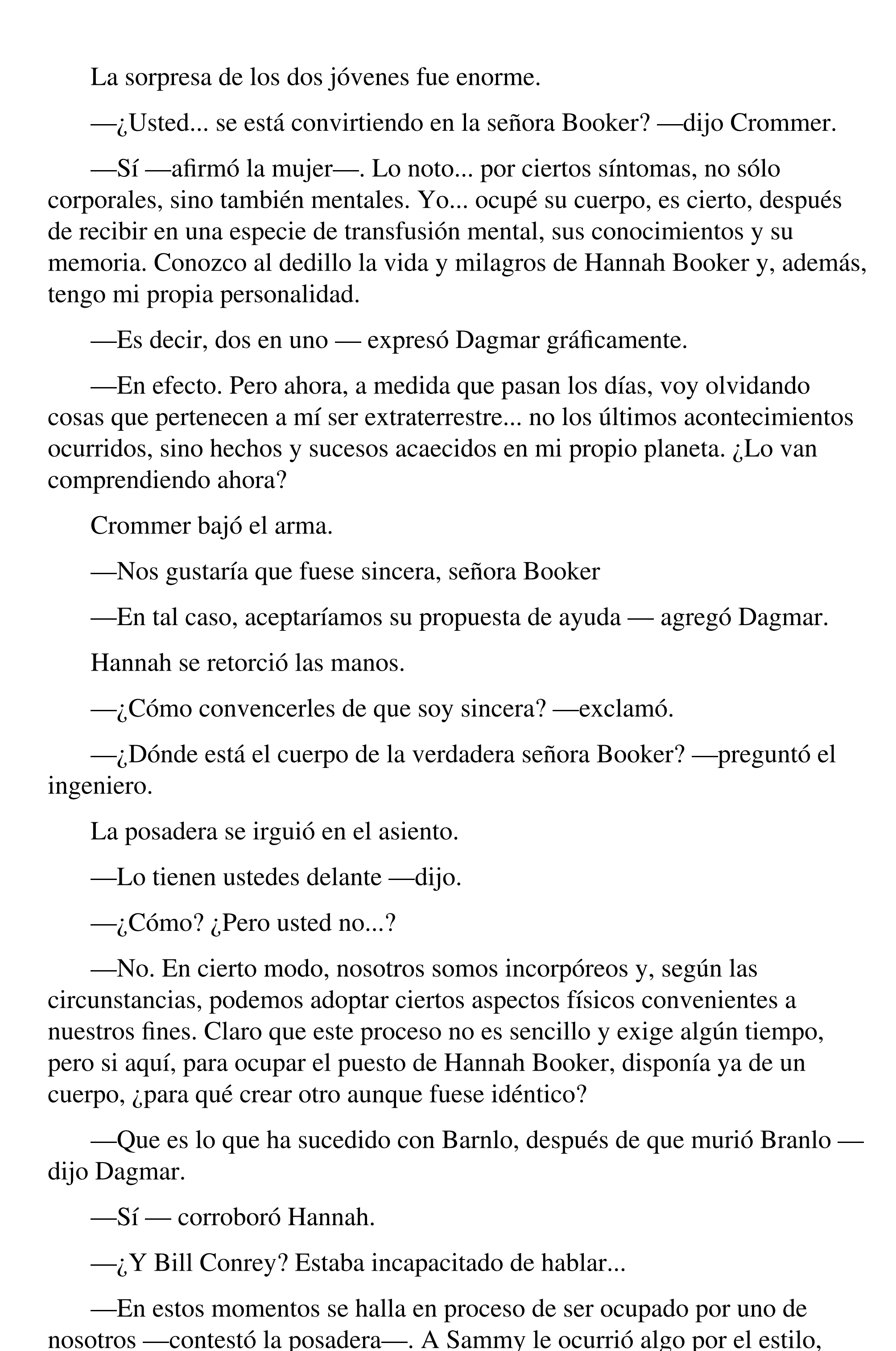
—Hace tiempo que siento algo raro — contestó —. Sí, yo vine desde un

mundo infinitamente lejano... y realicé todas esas acciones que han mencionado, pero desde hace algunos días a esta parte no me encuentro muy bien.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el ingeniero—. ¿Acaso va a recobrar su forma primitiva?

Hannah meneó lentamente la cabeza.

—No, sino todo lo contrario —respondió—. Empiezo a darme cuenta de que estoy convirtiéndome de nuevo en la auténtica Hannah Booker.



CAPÍTULO XIV

La sorpresa de los dos jóvenes fue enorme.

—¿Usted... se está convirtiendo en la señora Booker? —dijo Crommer.

—Sí —afirmó la mujer—. Lo noto... por ciertos síntomas, no sólo corporales, sino también mentales. Yo... ocupé su cuerpo, es cierto, después de recibir en una especie de transfusión mental, sus conocimientos y su memoria. Conozco al dedillo la vida y milagros de Hannah Booker y, además, tengo mi propia personalidad.

—Es decir, dos en uno — expresó Dagmar gráficamente.

—En efecto. Pero ahora, a medida que pasan los días, voy olvidando cosas que pertenecen a mí ser extraterrestre... no los últimos acontecimientos ocurridos, sino hechos y sucesos acaecidos en mi propio planeta. ¿Lo van comprendiendo ahora?

Crommer bajó el arma.

—Nos gustaría que fuese sincera, señora Booker

—En tal caso, aceptaríamos su propuesta de ayuda — agregó Dagmar.

Hannah se retorció las manos.

—¿Cómo convencerles de que soy sincera? —exclamó.

—¿Dónde está el cuerpo de la verdadera señora Booker? —preguntó el ingeniero.

La posadera se irguió en el asiento.

—Lo tienen ustedes delante —dijo.

—¿Cómo? ¿Pero usted no...?

—No. En cierto modo, nosotros somos incorpóreos y, según las circunstancias, podemos adoptar ciertos aspectos físicos convenientes a nuestros fines. Claro que este proceso no es sencillo y exige algún tiempo, pero si aquí, para ocupar el puesto de Hannah Booker, disponía ya de un cuerpo, ¿para qué crear otro aunque fuese idéntico?

—Que es lo que ha sucedido con Barnlo, después de que murió Branlo — dijo Dagmar.

—Sí — corroboró Hannah.

—¿Y Bill Conrey? Estaba incapacitado de hablar...

—En estos momentos se halla en proceso de ser ocupado por uno de nosotros —contestó la posadera—. A Sammy le ocurrió algo por el estilo,

pero Branlo aceleró excesivamente el proceso y no pudo resistirlo.

—¿Y el señor Wodson? ¿Ocupa el cuerpo de un terrestre llamado de esa manera? —preguntó Crommer.

—No. Algunos de nosotros, como Wodson, se han fabricado su propio cuerpo terrestre. En ellos no ha habido superposición corporal ni mental, como es mi caso.

—Entonces, Wodson no se prestaría a colaborar con nosotros.

—¡De ninguna manera!

—¿Y usted? —dijo Dagmar—. Porque yo la escuché hace noches, cuando hablaba con Emily Tarrall, y su conversación no era muy edificante que digamos.

Hannah enrojeció vivamente.

—Lo siento —contestó—. Aunque ya empezaba a notar los primeros síntomas, mi mente extraterrestre, sin embargo, continuaba dominando sobre la de Hannah Booker.

—¿Y esta noche? —dijo Crommer—. ¿No recuerda lo que ha hablado con Wodson?

—Sí, desde luego. Y confieso que hice lo que acordamos.

—La primera dosis del tratamiento, claro. ¿Qué habría pasado entonces?

—Uno de los nuestros habría venido y pasado a su lado varias horas, mientras dormía, extrayéndole sus conocimientos. Al cabo de una semana, estaría en su cuerpo.

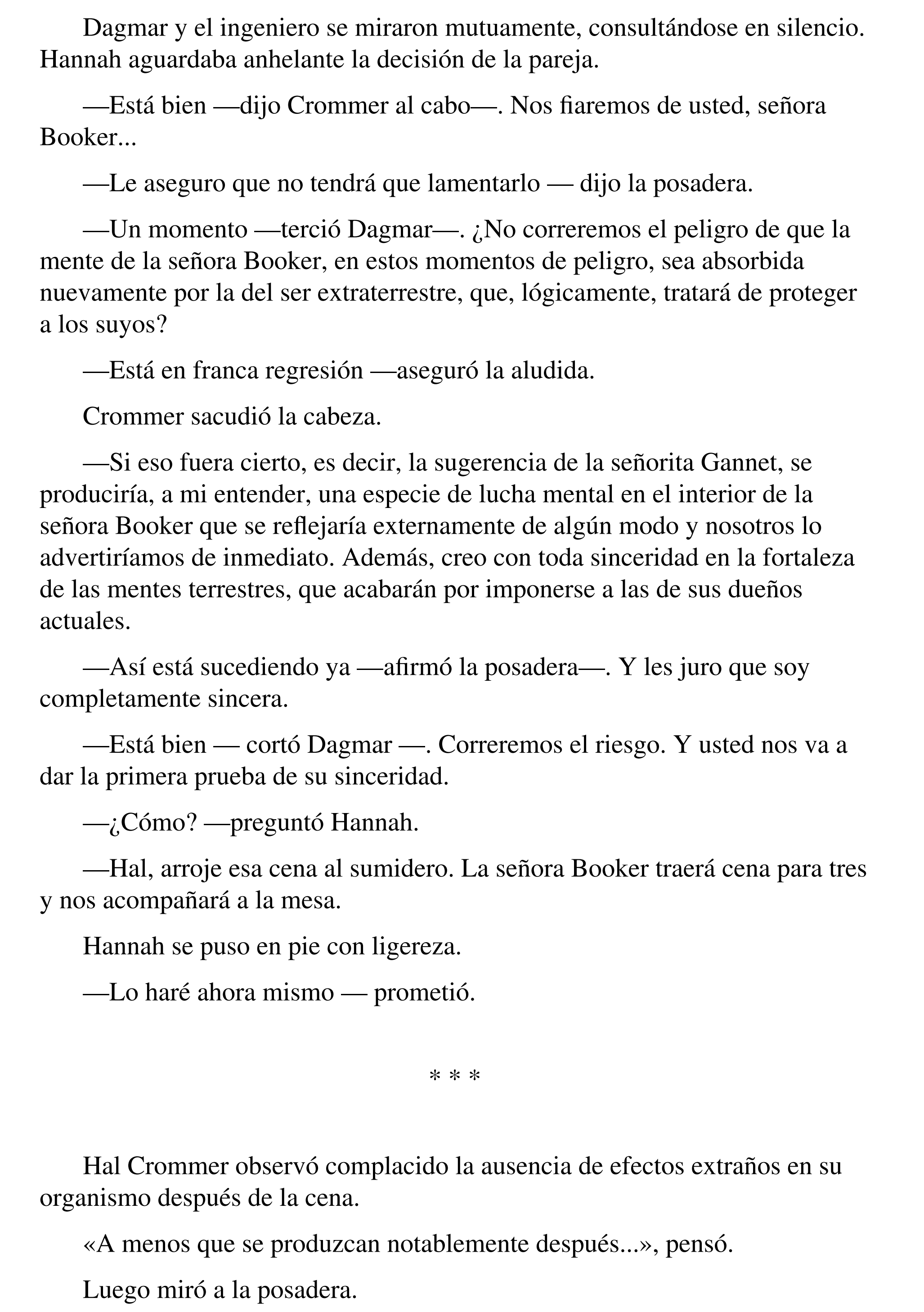
Crommer hizo una mueca.

—No es agradable convertirse en otro, siendo el mismo. ¿Qué siente usted, señora?

Hannah vaciló un instante.

—Quiero ayudar a los míos, por descontado, pero al mismo tiempo percibo una sensación de angustia y horror y repugnancia desconocidas en mí hasta ahora. He olvidado muchas cosas de mi mundo natal..., pero esto es algo que no se puede explicar si no se experimenta personalmente. De lo que sí estoy segura es de que la mente de Hannah está ganando terreno dentro de mí. No puedo explicarlo, pero lo sé.

»Quizás un día — agregó la posadera —, mi antiguo ser deje de existir y yo sea de nuevo Hannah Booker por completo. Incluso puede ocurrir que olvide por completo cuanto me está pasando. ¡Pero no les quepa la menor duda de que, aun conociendo quien soy todavía, deseo ayudarles!



Dagmar y el ingeniero se miraron mutuamente, consultándose en silencio. Hannah aguardaba anhelante la decisión de la pareja.

—Está bien —dijo Crommer al cabo—. Nos fiaremos de usted, señora Booker...

—Le aseguro que no tendrá que lamentarlo — dijo la posadera.

—Un momento —terció Dagmar—. ¿No correremos el peligro de que la mente de la señora Booker, en estos momentos de peligro, sea absorbida nuevamente por la del ser extraterrestre, que, lógicamente, tratará de proteger a los suyos?

—Está en franca regresión —aseguró la aludida.

Crommer sacudió la cabeza.

—Si eso fuera cierto, es decir, la sugerencia de la señorita Gannet, se produciría, a mi entender, una especie de lucha mental en el interior de la señora Booker que se reflejaría externamente de algún modo y nosotros lo advertiríamos de inmediato. Además, creo con toda sinceridad en la fortaleza de las mentes terrestres, que acabarán por imponerse a las de sus dueños actuales.

—Así está sucediendo ya —afirmó la posadera—. Y les juro que soy completamente sincera.

—Está bien — cortó Dagmar —. Correremos el riesgo. Y usted nos va a dar la primera prueba de su sinceridad.

—¿Cómo? —preguntó Hannah.

—Hal, arroje esa cena al sumidero. La señora Booker traerá cena para tres y nos acompañará a la mesa.

Hannah se puso en pie con ligereza.

—Lo haré ahora mismo — prometió.

* * *

Hal Crommer observó complacido la ausencia de efectos extraños en su organismo después de la cena.

«A menos que se produzcan notablemente después...», pensó.

Luego miró a la posadera.

—Wodson dijo que quería echar un vistazo al laboratorio de duplicación. ¿Puede explicarnos qué es eso? — preguntó.

—Está en la casa de la colina, en un departamento especial, situado en un sótano adjunto al hangar subterráneo. Allí es donde nosotros... los seres extraños, en un proceso que dura varios días, van conociendo los datos personales de cada sujeto y adentrándose en él, hasta conquistarlo por completo.

—Es decir — habló Dagmar —, que cuando un terrestre es elegido como objetivo, se le conduce al laboratorio de duplicación y allí...

—Exactamente — confirmó Hannah.

—Pero eso significa varios días de ausencia — alegó Crommer.

—Bien, siempre hay un motivo u otro para explicar esa ausencia.

Dagmar se estremeció.

—¿Estará allí el médico del pueblo? —preguntó.

—No, desde luego —contestó Hannah—. Se buscan excusas verosímiles..., incluso, a veces, si se trata de un matrimonio, se les sugieren unas vacaciones o un viaje de recreo... y pasan allí una semana.

—Y al terminar, ya no son ellos, aunque tengan la misma figura.

—Justamente, señorita Gannet.

Dagmar volvió los ojos hacia el ingeniero.

—Hal, ese laboratorio debe ser destruido — dijo.

Crommer asintió.

—Estoy de acuerdo con usted — repuso —. Una cosa, Hannah.

—Dígame, señor Crommer.

—Al parecer, ustedes..., bueno, ellos son bastantes. Debe de haber una lista o un fichero en alguna parte, ¿no le parece?

Hannah hizo un gesto negativo.

—Me lo supongo, aunque, en todo caso, no sé dónde puede estar — contestó.

—Tendríamos que encontrarlo —murmuró Crommer—. En todo caso, la destrucción del laboratorio de duplicación es nuestro primer objetivo. ¿Sabe si hay allí muchos sujetos en fase experimental de duplicación?

—Creo que dos, un matrimonio de Bexley Forks, aparte de los extraños que pueda haber y a quienes se confiere una apariencia completamente nueva. Ignoro el número de éstos, señor Crommer.

—¿Ha estado usted en ese laboratorio?

—Sí.

—Nos acompañará —resolvió el ingeniero.

—Desde luego —asintió Hannah.

—Y el doctor Kapyll, ¿tiene alguna intervención en este asunto? —preguntó la muchacha.

—Trabaja en el laboratorio, pero tengo entendido que lo hace forzadamente. Como físico se ocupa más bien de la parte mecánica.

Crommer consultó su reloj.

—Son las diez — dijo —. Creo que es hora de que emprendamos la marcha. ¿Queda alguien en la posada?

—No. Ya he cerrado la taberna y los tres huéspedes que tengo se han retirado a dormir.

Dagmar se puso en pie.

—Muy bien, no perdamos más tiempo. ¿Está listo, Hal?

—Sí, desde luego.

Hannah se puso en pie también.

—Cuando quieran — dijo con acento de mansedumbre.

Descendieron a la planta baja. Cuando cruzaban la taberna, oyeron unos golpes en la puerta.

Crommer agarró a la muchacha por un brazo y la apartó a un lado. Hannah les dirigió una mirada de consulta.

El joven señaló la puerta. Al mismo tiempo, sacó su pistola narcótica.

Hannah abrió. Se oyó una voz de tonos agrios.

—Buenas noches, Hannah —dijo Emily Tarrall—. ¿Ibas a salir a verme?

—¿Yo? ¿Por qué? —contestó la posadera, sonriendo forzadamente—. Iba... iba a revisar la puerta. Todo... el mundo está acostado ya y...

—Muy bien, entonces, déjame pasar. Tengo algo que decirte.

Hannah se mordió los labios.

Dagmar y el ingeniero estaban al otro lado de la puerta. En el momento en que cerrase, Emily les vería.

—Vamos, ¿es que no me has oído? ¡Apártate y déjame pasar, por favor! —pidió Emily con acento de impaciencia.

Hannah continuaba vacilando todavía. Crommer empujó bruscamente la puerta y quedó al descubierto.

—Sí, en efecto —dijo—. Entre, señora Tarrall, y así oiremos eso tan

importante que tiene que decir a su amiga. ¿Acaso se trata de que el pobre Bill Conrey es un tipo más resistente de lo que creían?

* * *

Los ojos de Emily Tarrall fueron alternativamente de su amiga al ingeniero y de éste a Dagmar. Una expresión de horrible odio apareció en sus facciones.

—Nos has traicionado, Hannah —dijo, empezando a comprender la verdad.

—No ha habido tal traición, señora Tarrall —dijo Crommer amablemente —. Simplemente, se ha producido, se está produciendo, mejor dicho, un agradable fenómeno de reversión mental en la señora Booker y está volviendo a ser la que era. ¿Le disgusta?

Emily miró a la posadera.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Sí, y no lo lamento —contestó Hannah en tono desafiador.

La señora Tarrall retrocedió un paso.

—Entonces tendré que matarte — dijo rabiosamente.

Dio un paso atrás y metió la mano en un bolsillo de su falda. Crommer, vivo como el pensamiento, alzó su mano y disparó un dardo narcótico.

Emily se pegó una palmada en el cuello, justo debajo de la oreja izquierda.

—¡Apártense de ella! —ordenó Crommer imperativamente.

Las dos mujeres retrocedieron. Emily, ya bajo la acción del narcótico, quiso terminar su acción y sacó un tubo alargado, algo mayor que una pluma estilográfica, pero no tuvo tiempo de usarlo. En silencio, cerró los ojos y se desplomó al suelo.

—Voy a coger el arma... —dijo Dagmar, pero, en aquel instante, Crommer la agarró por un brazo y tiró violentamente de ella.

—¡Quieta!

El cuerpo de Emily pareció duplicarse repentinamente. Pero su doble sólo tenía la forma en líneas generales, era más bien una silueta semitransparente, de color grisáceo, en cuyo seno brillaban infinidad de puntos luminosos que bailaban una frenética zarabanda.

Aquella cosa se arrastró rápidamente hacia la puerta, se estiró, formando

un hilo más delgado que el dedo meñique, se elevó y buscó un orificio, encontrando el de la cerradura, por donde, en contados segundos, desapareció de la vista de los presentes.

Un agudo silbido se dejó oír en la calle, alejándose con rapidez hacia el pantano. Luego, el silencio volvió a poco a la aldea.

Dagmar estaba mortalmente pálida. Crommer consiguió dominar cierto temblorcillo que había atacado sus piernas.

Se arrodilló junto a Emily, cuyo pecho se alzaba y descendía sosegadamente.

—Ahora es ella de nuevo — murmuró.

Entregó la pistola a Dagmar. Cargó con el inanimado cuerpo de la señora Tarrall y subió al primer piso.

Momentos después, se reunía de nuevo con las mujeres.

—Dormirá algunas horas. Cuando despierte, se extrañará de no encontrarse en su cama, pero ya buscaremos una explicación convincente.

Dagmar tenía en la mano aquel misterioso tubito. Crommer lo tomó con infinito cuidado y se lo enseñó a la posadera.

—¿Sabe usted qué es esto? —preguntó.

Hannah meneó la cabeza.

—Es la primera vez que veo una cosa así — respondió.

—Muy bien —dijo—. Ahora esperaremos un rato. El aullido que lanzó el extraño al huir habrá despertado a buena parte de los habitantes del pueblo. No es conveniente, creo, que nos vean salir a deshora. Partiremos dentro de media hora, cuando todo el mundo se haya vuelto a la cama.

La decisión fue aprobada sin protestas. Era lo más sensato, reconocieron Dagmar y Hannah.

* * *

La casa de la colina se alzaba ante ellas, negra, tétrica, una masa oscura en las tinieblas casi absolutas que reinaban a aquella hora.

El pantano había quedado atrás. Por el momento, nadie les había cerrado el paso.

Hannah les guió por el sendero que, serpenteando en la ladera, conducía a la casa. Crommer llevaba preparada su pistola narcótica.

Ahora, después de lo que había visto, comprendía perfectamente la velocidad de traslación de aquellos seres, aunque tuviesen un cuerpo humano. Pero poseyendo aquella extraordinaria facultad, ¿tenían que utilizar naves para atravesar el espacio?

Posiblemente, se dijo, necesitaban una atmósfera que sólo podían encontrar en el interior de una astronave cuando se desplazaban. Era, a su entender, la única explicación aceptable.

Alcanzaron las proximidades de la casa. No había ninguna ventana iluminada.

—Vengan —murmuró Hannah.

La posadera rodeó el edificio y se acercó a una puertecita lateral.

—Aquí es —dijo.

Crommer tanteó la puerta.

—Está cerrada — masculló.

—Mire —dijo Dagmar de pronto—, ahí veo una ventana...

Crommer no se lo pensó dos veces. La ventana estaba casi a ras del suelo y golpeó los cristales con el pie.

Le pareció que el ruido se oiría en el fin del mundo. Aguardó unos instantes, con los nervios en tensión, pero no acudió nadie.

—Espérenme aquí — ordenó.

Momentos después, abría la puerta desde el interior. Las dos mujeres le siguieron a través de un semisótano vacío, a excepción de algunos trastos viejos, y llegaron a una escalera que se hundía en las profundidades del subsuelo.

Momentos más tarde, alcanzaron un vasto sótano, iluminado por una sola bombilla. Crommer buscó el interruptor general y la penumbra se convirtió en un resplandor total.

Durante unos momentos callaron, absortos por lo que estaban contemplando.

Había una pareja tendida en sendas mesas, semejantes a las de operaciones, y cada terrestre tenía al lado un enorme tubo de vidrio, cuyo interior estaba parcialmente lleno de una sustancia gris, semigaseosa, en cuyo seno se producían de cuando en cuando minúsculos chispazos.

Los tubos comunicaban por medio de unos canales flexibles con unos cascos colocados sobre las cabezas humanas. Era fácil conocer el objeto de aquellos siniestros artefactos.

Pero todavía vieron más.

En el otro lado, divisaron cuatro enormes cajones de vidrio, semejantes a ataúdes, situados en batería, sobre sendas patas de porcelana aislante de unos setenta centímetros de altura.

Tras los cajones había una enorme caldera esférica, también de vidrio, sustentada por un recio trípode, en cuyo interior hervía una repugnante masa líquida, muy espesa, de color blanco rosado. Burbujas de gran tamaño añoraban de cuando en cuando, con sordo estruendo, a la superficie de la masa líquida, de la que se desprendía un olor nauseabundo.

Cuatro pares de tubos flexibles comunicaban la caldera con los cajones. Se podía ver la entrada de los tubos en los ataúdes de vidrio y el lento e incesante goteo de la masa líquida que se trasvasaba desde la caldera.

Cada cajón, además, tenía en la parte opuesta a la caldera una especie de cuadro de mandos, con esferas e indicadores cuyo objeto, en un principio, resultó desconocido para Crommer. Pero lo comprendió todo bien pronto cuando en uno de los cajones vio la silueta casi completa de un ser humano.

—Aquí «fabrican» los terrestres que deben «nacer» en el planeta —murmuró —, y en el otro lado, los extraños se adueñan de la mente de los terrestres elegidos como objetivo.

—Así es —corroboró Hannah.

—Y así debieron de fabricar a Branlo, a Barnlo... y a Wodson... y a tantos otros —murmuró Dagmar, impresionada a su pesar.

—Este laboratorio debe ser destruido — exclamó Crommer con arranque repentino.

—¿Por usted?

El joven se volvió.

Wodson y su acompañante estaban frente a él.

Detrás de ellos había una puerta que, supuso, comunicaba con el interior de la casa. Wodson sonreía satisfecho.

—En fin, puesto que está aquí, nos ha ahorrado un trabajo —continuó—. Gracias, Hannah.

La posadera calló. Crommer se dio cuenta de que Wodson continuaba creyéndola uno de los suyos.

—Un bonito laboratorio — observó con aire intrascendente.

—¿Verdad que sí? —dijo Wodson con aire satisfecho—. De todas formas, está empezando a quedarse pequeño y ya pensamos en ampliarlo.

—¿Acaso piensan instalarse en la Tierra? —preguntó Dagmar.

—Oh, no... no de un modo absoluto —respondió Wodson—. Lo único que nos interesa, por el momento, es evitar que ustedes salgan al espacio.

—Pero, ¿por qué? —preguntó la muchacha—. ¿Qué daño podemos hacerles nosotros?

Wodson frunció el ceño.

—¿Daño? Dudo mucho que nos lo hicieran, al menos de una manera apreciable..., pero el mejor medio de evitar futuras perturbaciones no estriba en destruir sus naves, sino en evitar que las construyan.

—Las estamos construyendo ya desde hace años —declaró Crommer orgullosamente.

—Simples cohetes, de una potencia ínfima — replicó Wodson desdeñosamente.

—¿Es mejor la máquina del doctor Kapyll?

—Infinitamente mejor, desde luego.

—Y por eso lo retienen aquí, impidiéndole divulgar su secreto.

—En efecto. Hemos de reconocer, sin embargo —manifestó Wodson —, que su tecnología es muy avanzada en algunos aspectos. Por eso exportamos determinadas piezas, construidas con aleaciones que a nosotros nos es imposible fabricar, y que mejoran considerablemente el rendimiento de nuestras naves. Pero si ustedes construyeran muchas como las del doctor Kapyll...

Wodson meneó la cabeza.

—En fin, mejor es no pensarlo —agregó—. Somos partidarios de evitar los hechos violentos, salvo cuando no queda otro remedio.

—«Ultima ratio», ¿verdad? —dijo Crommer sarcásticamente.

—Latín, ¿no? Sí, en efecto; con ustedes hemos agotado ya los argumentos. Lo siento de veras, ingeniero. Esto se ha acabado ya.

Wodson hizo una señal con la mano.

Dos gigantes entraron por la puerta. Uno de ellos era Barnlo, el casi gemelo de Branlo.

El otro era el que le había custodiado en el almacén de Nueva York. Eran dos sujetos, colosales, pesadísimos, cuya sola presencia imponía.

Crommer se dio cuenta de que iban a ser atacados. Sacó la pistola narcótica y disparó contra Barnlo, convirtiéndolo en polvo casi instantáneamente.

Wodson y su acompañante se quedaron atónitos. Aprovechando su asombro, Crommer disparó contra el otro gigante, con los mismos efectos.

Wodson lanzó un terrorífico aullido de rabia. Brotaba de una garganta humana, pero no era emitido por un terrestre.

Entonces, Hannah Booker sacó un largo tubo metálico y apuntó hacia Wodson. Era igual que el de Emily Tarrall.

—¡Señora Booker, no...! —empezó a gritar Wodson.

Sus palabras se cortaron bruscamente cuando un chorro de algo que parecía luz negra brotó del tubo y llegó a su cuerpo. Wodson se puso rígido en el acto.

Luego, en unos segundos, se desmoronó, convertido en una masa pastosa que se hizo líquida con inusitada rapidez y corrió por el suelo hasta un desagüe cercano. El olor que despedía aquel líquido causaba náuseas.

Rebor siguió el mismo camino. Al terminar, Hannah miró a los dos jóvenes.

— Era algo que les debía — manifestó.

Crommer hizo un signo de asentimiento. Miró a su alrededor.

—Tengo que hablar con el doctor Kapyll — dijo —. Él me indicará la forma mejor de destruir el laboratorio.

* * *

Crommer regresó después de un rato larguísimo, con una gruesa carpeta bajo el brazo.

—Kapyll y su esposa se mueren — anunció.

Dagmar se tapó la boca con las manos.

—No lo sienta —sonrió Crommer—. Ellos ven ahora, por fin, el momento de su descanso definitivo y lo acogen con alegría.

La muchacha asintió.

—Quisiera despedirme de la señora Kapyll, por lo menos —dijo.

—Suba, yo me quedaré aquí. Hannah puede acompañarla — aconsejó el ingeniero.

Se quedó solo en el laboratorio. Buscó el cuadro de mandos y cerró el interruptor general de suministro de energía.

El líquido de la caldera cesó de hervir. Los puntitos negros desaparecieron

dentro de los tubos situados junto a los terrestres.

Hojeó rápidamente algunos de los documentos contenidos en la carpeta. Kapyll se los había entregado; eran apuntes y notas relativas al sistema de propulsión de su nave espacial.

Dagmar bajó una hora después. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Han muerto — murmuró —. Fue hermoso, en medio de todo.

Crommer asintió.

—Es agradable vivir más de lo corriente, pero no por un tiempo desmesurado. Comprendo perfectamente que se sintieran cansados de la existencia y más en estas condiciones.

Paseó la vista por el laboratorio.

—Sé dónde está el archivo con los datos de todos los extraños que están en nuestro planeta, ya con cuerpos fabricados expresamente, bien introducidos en unos semejantes nuestros.

»En cuanto a éstos, no hay cuidado. Con el tiempo, la mente humana acabará por imponerse. Y los otros tienen dos soluciones: o siguen como están y acaban por convertirse en unos terrestres más o se verán obligados a venir aquí.

»Les esperaremos. También les ofreceremos un dilema: volver con los suyos... o seguir el camino de Wodson. Este planeta es nuestro y podemos acoger a cuantos lo deseen, siempre que se consideren huéspedes y no dueños.

Dagmar asintió.

—Tendremos que vigilar durante mucho tiempo, tal vez —dijo.

Crommer la miró y sonrió.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

Ella le devolvió la mirada.

—No, ninguna —contestó—. Los dos juntos...

Crommer tomó su mano.

—Vamos —dijo—, salgamos afuera. El doctor Kapyll debe de tener tal vez herederos, y en otro caso, la propiedad revertirá al estado. La compraremos, desecaré la ciénaga... y viviremos aquí, hasta que nos lancemos a las estrellas.

—Iré contigo, Hal —prometió la muchacha.

—Pero no dejaré que te conviertas en una nueva señora Kapyll.

Dagmar se estremeció.

—No, no lo permitiremos — contestó.

Con las manos enlazadas, caminando lentamente, salieron fuera del laboratorio, dispuestos a enfrentarse con su futuro.

Estaba allá arriba, en aquellas luces que parpadeaban en el cielo.

FIN

Próximo número:

LOS DIABLOS ROJOS

Por

Peter Kapra

La humanidad no sabría jamás
si aquellos seres rojizos
habían querido aniquilarles
o salvarles.
¿Eran una bendición para
la Tierra?
¿Eran una maldición?
¿Quiénes eran «Los Diablos Rojos»?

Notes

[←1]

Objeto volador no identificado. (Autor.)